N° 3 Diciembre de 1981

cuaderno para estudiar:

LA SOCIEDAD SOVIETICA

MOVIMIENTO COMUNISTA

LA SOCIEDAD SOVIETICA

Presentación

Nuestro propósito con este cuaderno es el de suministrar al conjunto del Partido una información sobre varias de las interpretaciones de la sociedad soviética que se manifiestan en la izquierda.

Desde luego, el abanico de posiciones aquí recogido es muy escaso, a pesar de lo cual el cuaderno es bastante grueso. Esta deficiencia se pone de relieve en el texto que publicamos en primer lugar, que recorre por encima las principales corrientes en relación con este tema.

En otras ocasiones esperamos ir dando una visión más completa, de manera que sea posible un conocimiento de causa cada vez más amplio sobre una de las cuestiones más polémicas y de evidente trascendencia para el movimiento revolucionario internacional y para el marxismo.

Nuestra actitud ante este debate no es, ciertamente, neutral.

El II Congreso del M.C. definió unas posiciones generales sobre los problemas de la transición que comportan una visión de partida, *básica, sobre los mismos. A partir de esa visión –que nuestro siguiente Congreso podrá confirmar, modificar en mayor o menor medida o desarrollar–, el análisis que de la sociedad soviética pueda ir haciendo el Partido resulta por fuerza sumamente crítico. No obstante, más allá de las posiciones enunciadas en el II Congreso, no solo cabe sino que es deseable una profundización en el estudio de este tema y un enriquecimiento de nuestras posiciones teóricas.*

Interesa que tal empeño no sea obra exclusiva de un puñado de cuadros sino del mayor número posible de militantes y cuadros. Y para contribuir a ello está también este cuaderno, con su carácter un tanto diverso y polémico. Conocer las diferentes ópticas de izquierda en relación con la URSS ha de ayudarnos a desarrollar nuestra propia reflexión.

18 de Noviembre de 1981 *El Secretariado Federal*

¿Colectivismo de Estado o capitalismo de Estado?*

No entraremos en el detalle del debate en curso sobre la naturaleza de la URSS, sino que nos limitaremos a señalar las "pistas" más interesantes sobre el particular (de manera, desde luego, algo esquemática).

La idea de que la URSS no es ni socialista ni capitalista, sino más bien "un tercer modo de producción", ha sido avanzada en varias ocasiones. Esta idea puede encubrir posiciones derechistas (Schachtman desde 1940), que describen la realidad del "colectivismo de Estado" como de "dictadura totalitaria" frente a la que, al fin y al cabo, es preferible el viejo liberalismo burgués (...).

La noción de un "modo de producción específico", de un "tercer modo de producción" late bajo los trabajos de algunos teóricos o economistas occidentales (Sweezy, Miliband) u originarios de países del Este (Escuela de Budapest, algunos aspectos de la elaboración teórica de Rudolf Bahro). Esta "especificidad" se materializa singularmente en la primacía que existe en las sociedades del Este de *lo político sobre lo económico* (a la inversa de lo que sucede en el Oeste). Es innegable, en efecto, que, en los países del llamado "socialismo real", la clase explotadora en el poder ejerce su dominación en primer lugar a través del Estado, el Partido, el Ejército... y no por medio de los bancos, las multinacionales, etc.

Pero las concepciones del "modo de producción específico" implican a veces planteamientos reformistas a propósito del porvenir de los países del Este, puesto que al ser "no capitalistas" podrían evolucionar gradualmente hacia el socialismo. Esas concepciones, asimismo, oscurecen a menudo la realidad de la *alianza de clase* sobre la cual se apoya el poder, y la necesidad de construir otra *alianza* para destruir ese poder.

Existe, en fin, una interpretación revolucionaria del "modo de producción específico", que no es en absoluto ambigua sobre la necesidad de destruir el poder existente. La idea del *modo de producción específico* permite, a juicio de estos camaradas, dar cuenta más acertadamente de la realidad de la formación social soviética y de sus lazos con otras formaciones sociales (en el Tercer Mundo, por ejemplo). Esta es la opinión de los camaradas de la organización comunista británica *Big Flame*

(*) Este texto es un apartado de un escrito publicado por la O.C.T. (Organisation Communiste des Travailleurs) francesa, bajo el título: *A propósito de la URSS.* En él se resumen las posiciones sustentadas por diversos autores y corrientes de pensamiento en relación con el modo de definir a la sociedad soviética.

en el análisis que hacen del "colectivismo de Estado" (1). (...) Para ellos, la abolición o la puesta en cuestión de las relaciones capitalistas clásicas no significan forzosamente la revolución socialista sino que pueden dar lugar a la emergencia de un nuevo modo de producción como consecuencia de la ausencia o del fracaso de las revoluciones proletarias en los países desarrollados. El "colectivismo de Estado" tiene algunos aspectos progresistas (antiimperialistas) en el Tercer Mundo, pero constituye un obstáculo para la revolución socialista en los países desarrollados. Esta tesis intenta vincular la realidad de los países del Este y de los países "socialistas" asiáticos con la de numerosas otras sociedades del Tercer Mundo, y aunque no es convincente en todos sus puntos, ofrece elementos interesantes.

Otras investigaciones van en el mismo sentido en el interior de otras organizaciones revolucionarias, como es el caso del Movimiento Comunista.

Definir a la URSS como *capitalista de Estado* nos parece hoy una de las líneas de trabajo más fecundas. Evidentemente, bajo esta etiqueta se pueden encontrar mercancías muy diversas.

Una corriente revolucionaria importante, encabezada por la principal organización de la izquierda radical británica, el Socialist Worker Party, defiende desde hace mucho tiempo y de manera muy argumentada –especialmente en la obra de su dirigente Tony Cliff (2)–, la tesis sobre la naturaleza capitalista de Estado de la URSS. Cliff insiste justamente sobre la derrota de la clase obrera en la Unión Soviética. Pero si la ley del valor opera en aquella sociedad no es principalmente a causa de ese hecho sino por el efecto de presiones exteriores a la misma.

Charles Bettelheim, la revista *Communisme* y nuestro camarada J. Sapir (3), por el contrario, sustentan la idea de que el capitalismo de Estado tiene por origen causas principalmente internas. Existe en la URSS una auténtica "burguesía de Estado", de "funcionarios del capital", nacida a resultas del fracaso de la revolución proletaria. La intervención masiva y general del Estado ha creado la ilusión de que han desaparecido las relaciones capitalistas mercantiles, pero de hecho estas relaciones mercantiles se manifiestan, bajo formas específicas, en todas las contradicciones y crisis de la sociedad soviética.

Este capitalismo de Estado obedece a leyes propias. *Busca la acumulación más elevada posible, presiona sobre el nivel de vida de las masas, acentúa la militarización de la economía y el expansionismo.* Esta realidad es descrita por el disidente soviético Pliutch como un "capitalismo de Estado con elementos feudales".

La burguesía de Estado en el poder se mueve en una realidad muy contradictoria y compleja, puesto que extrae su fuerza de sus orígenes en el interior de un proceso revolucionario (lo que explica cierto tipo de alianza y de relaciones estrechas con algunas capas de la clase obrera), pero de ahí arranca también su debilidad, ya que no puede desplegar todas las formas del capitalismo clásico sin poner en cuestión las bases de su poder, su cohesión, etc.

(1) "The Century of the unexpected" (El siglo de lo inesperado), de John Fantham y Moshe Machover.

(2) "Russia, a marxist analyse", Pluto Press.

(3) Charles Bettelheim, "Calcul economique et forme de propieté"; Jacques Sapir, "Pays de l'Est, vers la crise généralisée".

Aunque la explotación es asegurada principalmente por el Estado en el seno de la URSS, el Estado en tanto que tal no constituye sin embargo una "clase–Estado". En la URSS, como en otras partes, es un instrumento de gestión, de represión y de equilibrio, que se apoya sobre una alianza de clases (la alta burocracia dominante, junto con algunas capas pequeño-burguesas, intelectuales y la aristocracia obrera, todas las cuales se benefician del sistema existente). El régimen de la URSS y los de las democracias populares poseen una *base popular* en cierta medida.

Es este equilibrio entre las clases y la forma en que el mismo se asegura por medio de un sistema político autoritario lo que acentúa considerablemente la incapacidad del sistema para reformarse y para encontrar métodos flexibles para resolver las crisis.

Así se explican los fracasos que han cosechado las repetidas tentativas que, desde Kruschev, se han orientado hacia una "liberalización económica", hacia una relativa descentralización y una mayor autonomía de las empresas, (...) seguidas de fases más bien "recentralizadoras". Así se explican también las dificultades para pasar a una planificación en valor (en unidad monetaria) y no en tipos de bienes, al igual que el hecho de que el mercado negro no sea un simple exceso accidental sino un fundamento del sistema (que funciona sobre la base: planificación oficial/mercado negro).

Clase dominante y sistema de dominación en la Unión Soviética*

La sociedad soviética plantea numerosos y graves problemas a la teoría marxista. En esta ocasión nos limitaremos a abordar dos temas, el de la clase dominante y el del régimen político, particularmente vinculados con los problemas de la transición al comunismo.

Renunciamos, pues, a examinar aquí los orígenes de la actual sociedad soviética, la naturaleza de su economía, el sentido de su movimiento, la situación y las formas de resistencia de la clase obrera... cuestiones todas ellas de evidente interés, sobre las que existen no pocas controversias y que sin duda deberán merecer una constante atención y estudio por nuestra parte.

SOBRE LOS CRITERIOS PARA ANALIZAR LAS SOCIEDADES POST–REVOLUCIONARIAS QUE PROCLAMAN UN CARACTER PROLETARIO

¿Cómo apreciar si un país que ha iniciado un proceso revolucionario pretendidamente inspirado en el marxismo camina efectivamente hacia el comunismo?

Lo primero que nos parece necesario conocer es la materia a la que se refieren o a la que han de aplicarse tales criterios de valoración.

Para acotar esta materia hay que partir del hecho de que la sociedad de transición no es sino una *sociedad intermedia* entre el capitalismo y el comunismo y, por consiguiente, una sociedad mixta, que contiene, en diferentes grados y combinaciones, elementos propios del capitalismo y aspectos de aproximación al comunismo.

El estadio de transición implica una relación antagónica con respecto a los aspectos heredados del capitalismo y, a la vez, un reforzamiento de nuevos elementos de aproximación al comunismo. Es un proceso de acumulación de transformaciones revolucionarias y de reunión, desarrollo, generalización y maduración de nuevos elementos comunistas que van surgiendo y creciendo a lo largo de la etapa transitoria.

(*) Ponencia redactada en Noviembre de 1979 y presentada por el M.C. en el Encuentro de la Coordinación Europea celebrado en Londres, en Mayo de 1980, sobre el tema de *Las sociedades del Este de Europa.*

Los criterios para analizar las sociedades de transición se refieren, en consecuencia, a un objeto *dinámico* y *global;* no persiguen examinar y juzgar una situación momentánea, cortada "en sección", o un aspecto parcial, tomado aisladamente, sino considerar el conjunto del movimiento social y descubrir en él si hay una relación de coherencia y de aproximación a las metas comunistas, a la sociedad sin explotación, sin clases y sin Estado, o, a la inversa, la configuración y consolidación de una sociedad de explotación de tipo peculiar.

Conviene concretar, bajo este enfoque, el conjunto de rasgos que, en nuestra opinión, deben caracterizar a una *línea de transito hacia el comunismo.*

Es preciso destacar, antes que nada, que la sociedad de transición es una *sociedad de clases* y que sólo podrá ir dejando de serlo en la medida en que se tome esta constatación como punto de partida y se aplique una política consciente y activa de *lucha de clases.*

Es una sociedad de clases debido a que, tras el derrocamiento político de la burguesía, siguen existiendo numerosos aspectos de la estratificación social propia de la sociedad pre-revolucionaria, y debido también a que el nuevo sistema político genera formas específicas de diferenciación que se fusionan con las heredadas del pasado y que pueden desarrollarse y dar lugar a nuevos grupos sociales dominantes diferenciados del proletariado.

El avance hacia el comunismo depende fundamentalmente de cómo se oriente la lucha de clases durante el período de transición. Una línea correcta, bajo este ángulo, supone:

1.- Poner el acento en la activación de la lucha revolucionaria del proletariado;

2.- Luchar contra las teorías economicistas que hacen del desarrollo de las fuerzas productivas el factor dominante durante la transición, contemplando la lucha de clases como un factor secundario o subordinado a éste;

3.- Dar un contenido concreto a la lucha del proletariado en las condiciones específicas de la transición y llevarla a todos los terrenos: poder político, ideología, relaciones de producción... Todo avance o todo retroceso en la revolucionarización de la sociedad durante la transición en una esfera determinada permite avanzar o contribuye a provocar retrocesos en otras esferas.

Pasemos ahora a considerar los principales aspectos de la línea revolucionaria en la transición en lo tocante al *poder político.*

Después del derrocamiento de la burguesía se abre el período de transición, en el que existe un poder político, un Estado, si bien de un género particular. La línea a seguir con respecto a este poder político reviste una importancia capital. No en vano lo subrayó Lenin cuando escribió que

> "La cuestión del poder constituye sin duda el problema más importante de toda revolución. ¿Qué clase es la que detenta el poder? Ese es el problema de fondo..., el problema del poder no puede eludirse ni relegarse a un

segundo plano... constituye el problema fundamental, el que determina todo el desarrollo de la revolución, su política exterior e interior" (1).

La existencia misma de un Estado significa que la lucha por el control y la orientación de ese Estado decide el rumbo de la revolución.

La historia suministra experiencias revolucionarias en las que, antes o después, se impusieron las tendencias a una acusada separación entre Estado y masas trabajadoras. Una línea de acción contraria a esa *autonomización* supone poner en primer plano la necesidad de un poder político que no solo esté, eventualmente, al servicio de la clase obrera sino que sea un poder *de* la clase obrera. Si no es así la tendencia a la independización del Estado y a la separación entre política y masas se desarrollará.

Las experiencias revolucionarias de nuestro siglo dan renovada actualidad a este problema.

Para que el proletariado gobierne –en lugar de que se gobierne en nombre del proletariado– se requiere que los integrantes del poder sean proletarios en su inmensa mayoría, que sean elegidos, que sean responsables ante las masas y, por lo tanto, revocables en todo momento, que no tengan unos ingresos superiores a los de los trabajadores de un nivel medio, que carezcan de otros privilegios extrasalariales... Hace falta que el principio de electividad libre se extienda a todos los sectores y niveles del poder, que el secreto estatal quede reducido al mínimo, que se impulsen los instrumentos de control de masas y las diversas formas de auto-organización, el armamento de las masas... Nada muy nuevo, en suma; son las "viejas" y novísimas aportaciones de la Comuna de París, que apenas han sido sometidas a la prueba de la experiencia práctica y que, a nuestro juicio, deben ser tomadas como base de los procesos revolucionarios verdaderamente orientados hacia el comunismo.

La iniciativa de las masas trabajadoras, su creciente intervención en la acción política, su labor de crítica y de control sólo pueden desarrollarse en un clima de libertad. Este nos parece un punto esencial. Nuestra oposición a los críticos liberales burgueses de las experiencias post-revolucionarias no debe llevarnos a rebajar la importancia de esta cuestión.

Consideramos, en fin, que debe ser resaltada la importancia de otro tema vital para el proceso revolucionario: nos referimos a la necesidad de que la toma del poder abra paso a una marcha efectiva, a una tendencia real hacia la extinción del Estado. Es preciso volver al planteamiento de Lenin en "El Estado y la Revolución", donde sostenía que

> "la dictadura del proletariado es un período de transición política; es evidente que el Estado de este período es, igualmente, una transición entre el Estado y el no-Estado, es decir, no es ya un Estado en el sentido propio de la palabra" (2).

El hecho cierto es que la tendencia a la extinción no sobreviene automáticamente y que, por el contrario, numerosos factores impulsan, tras la toma del poder, en dirección hacia la cristalización estatal.

---

(1) Lenin, "Uno de los problemas fundamentales de la revolución".

(2) Lenin, "El Estado y la Revolución".

La experiencia muestra que sin una presión consciente en el sentido de la auto-organización, de la desconcentración, de la lucha contra el burocratismo, no hay marcha efectiva hacia la extinción, ni avances concretos en ese sentido. Y la experiencia prueba también que esa presión debe ejercerse desde los primeros momentos de la revolución. Todo lo cual, por cierto, no es posible sin desmontar el falso argumento según el cual la revolución necesita reforzar incesantemente su aparato estatal especializado para defenderse de sus enemigos exteriores. Ese argumento está viciado por la idea de que la defensa corresponde exclusivamente a los aparatos estatales permanentes y menosprecia el armamento de las masas y su auto-organización específicamente defensiva.

Terminaremos este apartado aludiendo a una cuestión crucial para el desarrollo de la revolución: la cuestión de la lucha de clases en el terreno de las *relaciones sociales de producción.*

Marx definió del siguiente modo este terreno:

"En la producción, los hombres no se relacionan únicamente con la naturaleza sino también entre sí. Unicamente producen en la medida en que, de una determinada manera, consiguen una actividad conjunta e intercambian sus actividades. Para producir entran en determinadas relaciones y vinculaciones unos con otros y únicamente en el seno de esas relaciones y vinculaciones sociales tiene lugar su relación con la naturaleza, tiene lugar la producción" (3).

Tales relaciones de producción alimentan una diferenciación en clases sociales y, por consiguiente, son un objeto esencial de las transformaciones revolucionarias durante el período de transición, período que persigue, en última instancia, la desaparición de las clases sociales.

He aquí los que, a nuestro modo de ver, son los elementos fundamentales de la línea revolucionaria comunista en este terreno.

En primer término, cabe aludir a la dirección principal: tender a superar la separación entre productores directos y medios de producción, caminando hacia un dominio efectivo por parte de las masas trabajadoras de las condiciones de su existencia, de los medios de producción y del producto social.

Ciertamente, estamos hablando de una *dirección* de la revolución, dirección que sólo puede alcanzar plena expansión en el comunismo, pero que inspira la acción a lo largo de toda la fase de transición.

Caminar en esa dirección significa que haya una creciente intervención y control de las masas trabajadoras sobre la elaboración de los planes y su aplicación (grandes objetivos de la actividad productiva, empleo del excedente...); una creciente capacidad de decisión sobre la organización del trabajo en las unidades de producción, etc.

La marcha hacia el comunismo implica, en este orden de cosas,una tendencia a recortar el campo de las categorías mercantiles y monetarias, inevitables en cierto grado durante una época, pero que pueden ser estimuladas o, por el contrario, controladas y progresivamente restringidas, por ejemplo, no regulando la totali-

(3) Marx, "Trabajo asalariado y capital".

dad del sistema de distribución a través del dinero y encauzando una parte de la misma por métodos colectivos.

Avanzar hacia el comunismo, en fin, supone impulsar una tendencia hacia el acortamiento de las distancias entre la función dirigente y la ejecución, entre trabajo intelectual y manual, entre campo y ciudad, entre agricultura e industria, entre hombre y mujer y entre las distintas regiones o nacionalidades, es decir, ganar terreno a las grandes divisiones legadas por las anteriores sociedades de clases.

LA CLASE DOMINANTE

La *triple separación* entre productores directos y medios de producción, entre el trabajo manual-ejecutante y el intelectual-decisorio, y entre las masas y el poder político, sirve de base para la configuración y estabilización de una clase dominante, de una fracción minoritaria de la sociedad, diferenciada del proletariado, que controla el poder y ejerce su dominación sobre las masas trabajadoras de la ciudad y el campo.

Esta clase ocupa una posición relativamente unificada en la organización social de la Unión Soviética, monopoliza los escalones superiores de la jerarquía en todas las esferas y posee un nivel de renta y un estatuto social más o menos común.

A la hora de caracterizar a esta clase conviene comenzar por hacer dos observaciones previas.

La primera es que se trata de una clase históricamente nueva. Su vida, hasta el presente, ha sido muy corta e, incluso, podemos decir que está todavía configurándose.

De ello se desprende que el estudio de dicha clase resulta particularmente complejo. Y, desde luego, la opacidad general de la sociedad soviética no viene a facilitar la tarea.

Renunciaremos, por consiguiente, de antemano, a la pretensión de resolver en profundidad los aspectos más complicados de la caracterización de la clase dominante soviética, como pueden ser los relativos a las contradicciones internas entre sus diferentes fracciones o a la delimitación precisa de sus fronteras con el resto de la sociedad.

La segunda observación es la que sigue.

Uno de los rasgos más específicos del sistema soviético es el alto grado de unidad que realiza entre lo político, lo militar, lo ideológico y lo económico, todo lo cual viene dado por la forma de propiedad estatal dominante y la consiguiente centralización y concentración del poder.

Las esferas de la economía y de la política se aproximan; el poder político y el económico se funden en uno solo. No existe, pues, la división entre clase *dominante,* pero no *gobernante,* y Estado que conocemos en Occidente. La clase dominante en la esfera económica es, a la vez, la clase gobernante. O, mejor aún, es clase dominante en el plano económico en virtud de su condición de clase gobernante. El control de la economía se deriva del control del Estado y de la política.

Este carácter unitario e integral –económicamente dominante y gobernante a un tiempo– no es nuevo en la historia. Más todavía, tal unidad, bajo muy diversas formas, ha sido más frecuente que su contraria, siendo la burguesía capitalista el caso singular de una clase que domina la vida económica directamente pero cuyos miembros no se confunden *de un modo general* con el personal gobernante.

De lo dicho no se desprende, no obstante, que nos encontremos ante una clase absolutamente homogénea y armoniosa. Lo cierto es que en esta clase se manifiestan múltiples agrupaciones correspondientes a una división de funciones muy acusada y a los diversos sectores a los que unifica. Pero éste es un tema sobre el que volveremos después.

Pasemos ahora a acotar, a grandes rasgos, la clase dominante soviética, tratando de señalar quiénes pertenecen a ella.

Burocracia e intelectualidad

La clase dominante resulta de la confluencia de tres elementos: el *jerárquico,* el *político* y, finalmente, el elemento *especialización.*

Quienes forman parte de esta clase, por regla general, reúnen esas tres características: son dirigentes de alto nivel, pertenecen al aparato político partidista–estatal y son especialistas en una esfera determinada.

Son los dirigentes del aparato político-ideológico del Partido y de la administración estatal, los mandos del Ejército y de la policía, los responsables de la dirección de los asuntos económicos en los organismos centrales, en las Repúblicas y las Regiones Autónomas y en las grandes empresas (4).

Es difícil calibrar la importancia numérica de este sector de la sociedad. Para poder hacerlo habría que resolver antes, con unos criterios objetivos, el problema de la delimitación más o menos precisa de las fronteras de tal clase, cosa que, hoy por hoy, no estamos en condiciones de poder hacer.

Creemos que es útil y necesario, empero, criticar dos ideas que nos parecen erróneas y que consisten en identificar la clase dominante ya sea con la *burocracia partidista y estatal,* ya sea con la *intelectualidad en general.*

Ambas concepciones nos parecen insatisfactorias. Diremos por qué.

Por lo que hace a la burocracia, hay que indicar que forma un conjunto social extremadamente amplio y estratificado, cuyos miembros no poseen, ni mucho menos, el mismo o parecido grado de poder, estatuto social o nivel de vida.

Podemos admitir que la burocracia constituye un instrumento al servicio de la clase dominante pero no que un conglomerado tan estratificado y diverso pueda ser considerado globalmente como una clase social.

(4) No hay que olvidar la enorme importancia que tienen en la URSS las grandes empresas. En 1963, el 61,8 % de los trabajadores empleados en la industria soviética lo estaban en empresas de más de mil trabajadores. Ese porcentaje es mucho menor en Occidente: 29,7% en los EE.UU. (cifras de 1958); el 32,3 en Gran Bretaña (en 1961); el 38,8% en Alemania Federal (en 1963)...

Si contemplamos la intelectualidad en su conjunto nos hallamos ante un problema análogo. Aún en el caso de que nos refiramos exclusivamente a las personas que tienen un diploma de enseñanza superior, éstas suman, según cifras oficiales de 1976, 11,9 millones (5). Como muy bien apunta Daniel Singer, la intelectualidad "dista mucho de ser homogénea. Entre sus miembros existen grandes diferencias en lo tocante a salarios y privilegios, el lugar que ocupan dentro de la jerarquía y el papel que desempeñan en la producción" (6).

En suma, la clase dominante no equivale a la burocracia en su conjunto. Tampoco es igual a la intelectualidad en su conjunto. Una y otra no son absolutamente diferentes ni están cortadas entre sí. *La clase dominante coincide con el estrato superior de la burocracia que, a su vez, pertenece a la intelectualidad, como después veremos.*

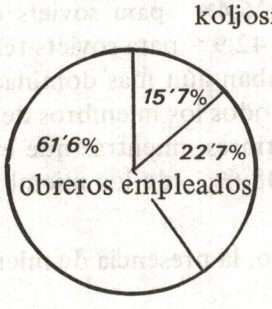
La clase dominante *se sitúa en la zona de fusión de la intelectualidad y del aparato político, en el área común del saber y del poder,* o, con más exactitud, en la escala superior de dicha área.

La enseñanza como vía de acceso al poder

En la selección de los miembros de la clase dominante, el Partido opera como una gran criba. La entrada en el Partido no depende de la simple voluntad del aspirante sino que es aceptada o rechazada por el propio aparato partidista. Si tenemos en cuenta la composición social de los miembros del Partido (16.203.446 a mediados de 1977), encontramos una primera indicación sobre los criterios que operan al admitir o rechazar las candidaturas. No sólo se exige un conocimiento de la doctrina oficial y un apoyo a la política del Partido sino que se privilegia, en cierto grado, a quienes poseen una cualificación determinada.

Para comprobarlo basta con echar una ojeada a los dos gráficos siguientes:

Composición de la sociedad soviética en porcentajes



Composición del Partido

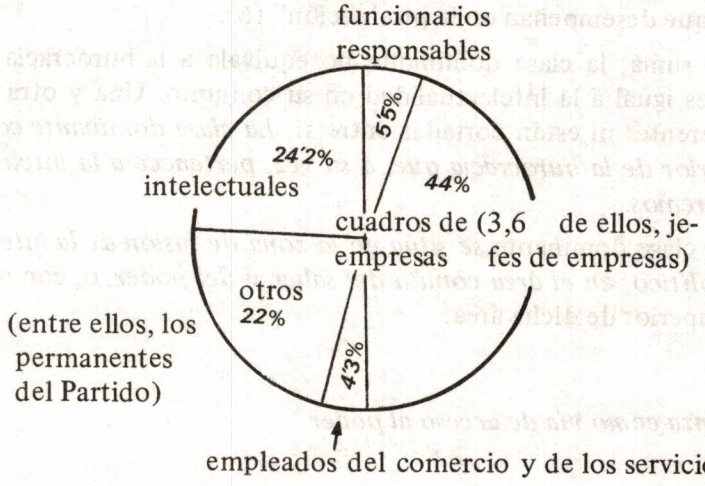


(5) "La URSS en cifras", Editorial Statistika, Moscú, 1976.

(6) Daniel Singer, "El movimiento disidente en la URSS", Revista Mensual, Octubre de 1979, página 31.

Como se puede apreciar, el Partido tiene una estructura social netamente diferente a la de la sociedad, en beneficio de los empleados. Para concretar más el contenido de este apartado, puede ser útil el siguiente gráfico:

Composición del sector "empleados"



(7)

Esta tendencia a dar la prioridad a intelectuales y técnicos se manifiesta en el Partido y en el Estado con más y más fuerza a medida que se asciende en la jerarquía. Resulta muy ilustrativo de este fenómeno el siguiente párrafo de la obra de L. C. Churchward, "La 'intelligentsia' soviética":

> "La proporción de intelectuales entre los delegados del 22 y 23 Congreso fue tres o cuatro veces su proporción en la población total. Del mismo modo, los intelectuales están "super-representados" en todos los soviets, desde los de los pueblos al Soviet Supremo de la URSS, en los Comités Ejecutivos de los Soviets, en los Tribunales del Pueblo y en muchas de las principales organizaciones sociales que operan en la sociedad soviética. Así, el porcentaje de representantes en los soviets locales con una educación superior se elevó del 14,8% en 1965 al 16,3% en 1967, y al 16,8% en 1969. El porcentaje de graduados entre los representantes aumentaba también con la importancia del soviet. Así, en 1969, era de 11,6% para soviets de pueblos, 13,9% para soviets de poblados rurales, 26,4% para soviets de ciudades, 19,3% para soviets de distritos urbanos y 42,9% para soviets territoriales y provinciales. Los Comités Ejecutivos estaban aún más dominados por los intelectuales. Así, en 1969, el 24,2% de todos los miembros de los Comités Ejecutivos locales tenían estudios superiores, mientras que en los soviets de las ciudades tenían estos estudios el 48,6% de los miembros de sus Comités Ejecutivos" (8).
>
> En los niveles superiores del Partido, la presencia de miembros con estudios

(7) Datos de 1977, publicados en "Les Institutions de L'URSS", Documents d'Etudes núm. 1.02, Mars 1978, y Pouvoirs núm. 6, tercer trimestre de 1978.

(8) L. G. Churchward, "La 'intelligentsia' soviética", Revista de Occidente, Madrid, 1976, página 99.

superiores es aún más marcada. En 1973, 97,7% de los secretarios de los Comités de distrito y de ciudades y 99,2% de los secretarios de los Comités regionales y territoriales poseían un grado de instrucción superior. En el Comité Central de 1971 se contaban tan sólo 9 obreros y koljosianos. En el de 1978 esta cifra había bajado a 6... El Buró Político (en Mayo de 1978) estaba formado por 12 ingenieros, 4 profesores, 2 economistas, 1 agrónomo, 1 escritor, 1 policía y 1 diplomado en la Escuela Superior del Partido (9).

Si nos referimos a los mandos de las Fuerzas Armadas, los resultados son parecidos. Según unas declaraciones del Mariscal Grechko, "hasta el 45% de los oficiales en el Ejército y la Marina son ingenieros y técnicos" (10).

En la esfera de la economía, este fenómeno adquiere proporciones mayores. El conjunto de la actividad dirigente queda reservado a personas con estudios superiores. Son cuadros universitarios, en efecto, quienes dirigen la economía en su conjunto, los sectores económicos, las ramas de la industria y los combinados.

Esta rápida visión del acceso al poder a través del saber quedaría coja si no aludiéramos al hecho de que si bien es cierto que el saber abre las puertas del poder, no es menos cierto que el poder abre las puertas del saber. Este fenómeno tiene dos vertientes: la acción del Partido para elevar la cualificación de sus miembros en vistas a asegurar su promoción y, en segundo término, las ventajas que los hijos de la clase dominante tienen para obtener títulos superiores.

> "Ahora –recuerda K.S. Karol–, para ocupar un cargo de dirección, a cualquier nivel, hay que tener un diploma de escuela superior, y la rígida selectividad de los accesos a la Universidad lo hace siempre menos alcanzable para la gente sencilla" (11).

En el mismo sentido abundaba justamente Paul Sweezy, insistiendo en que, aún no existiendo la herencia, existe una transmisión de la posición social de padres a hijos a través del "acceso diferencial sistemático a las oportunidades educacionales" (12). Refiriéndose a la formación de la clase dirigente, los autores del libro titulado "El Gobierno de la URSS" distinguen las dos siguientes etapas:

> "En la primera se fue formando una nueva élite dirigente que procedía en gran parte de la clase de los trabajadores manuales, que fue desplazando en la máquina del Partido y del Estado a esta misma clase. Durante la segunda etapa, etapa de consolidación, la nueva intelligentsia soviética continuó estando abierta en su base a los trabajadores manuales, debido a las necesidades de una economía industrial en constante desarrollo, pero, no obstante, comienza ya a apuntarse la tendencia de que es esta propia nueva clase la que se renueva a sí misma" (13).

(9) Janina et Gérard Lagneau, "La classe dirigeante", Pouvoirs, número citado, páginas 37, 41 y 90.

(10) V. Riábov, "Las Fuerzas Armadas de la URSS", Editorial Progreso, Moscú, 1976, pág. 164.

(11) K. S. Karol, El Viejo Topo núm. 17, Febrero de 1978, pág. 37.

(12) Paul Sweezy, "Hacia un programa de estudio de la transición al socialismo", Cuadernos de Pasado y Presente núm. 46, Córdoba (Argentina), 1973, pág. 6.

(13) M. Mouskhely y Z. Jedryka, "El Gobierno de la URSS", Tecnos, Madrid, 1966, pág. 59.

Una clase fundamentalmente masculina

El exámen de la composición de la clase dominante bajo el punto de vista del sexo de quienes la integran tiene cierto interés. Al realizarlo, se pondrá de relieve la condición subordinada de las mujeres de la URSS (14).

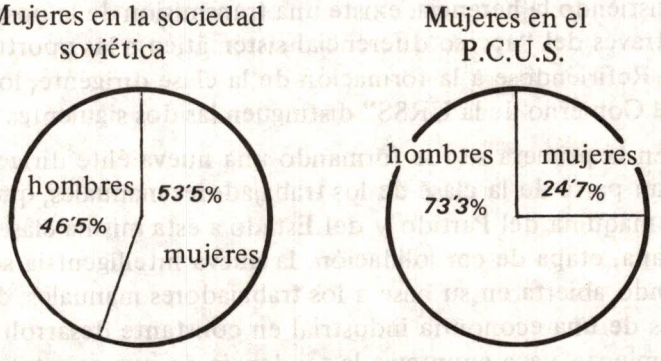
Ya en el Partido, canal de selección fundamental, se observa una composición particularmente desigual desde el punto de vista del sexo.

El porcentaje de mujeres miembros, desde 1950, ha evolucionado del siguiente modo:

1950	20,7
1952	19,0
1956	19,7
1961	19,5
1966	20,6
1967	20,9
1971	22,2
1973	23,0
1977	24,7

(15)

El aumento del número de mujeres miembros del Partido, medio siglo después de la Revolución de Octubre, resulta bastante lento y está muy lejos de alcanzar una igualación entre el volumen de mujeres del Partido y la población femenina en el conjunto de la sociedad:



En la estructura jerárquica del Partido, el porcentaje de mujeres desciende progresivamente. Así, si consideramos la composición del Comité Central desde 1952, encontramos unas cifras muy bajas que se mantienen casi constantes:

(14) Quede claro, en cualquier caso, que no es el objetivo de este apartado examinar las diversas facetas de la opresión de la mujer en la URSS, tema sin duda mucho más amplio que el que aquí abordaremos.

(15) Gail Warshofsky Lapidus, "Women in Soviet Society; Equality, Development and Social Change", University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1978, pág. 210.

Porcentaje de mujeres miembros del C.C.

1952	3,1
1956	3,9
1961	3,3
1966	4,2
1971	3,8
1976	3,3 (16)

Si nos referimos a los organismos de Gobierno, encontramos unos porcentajes de mujeres relativamente elevados en los niveles inferiores. En los Soviets de territorio, región, comarca, distrito, ciudad, poblado y localidad rural fueron elegidas un 48% de mujeres en las elecciones de 1975 (17). No obstante, estos porcentajes no son los mismos en los niveles intermedios y superiores:

Soviets Supremos de las Repúblicas Autónomas	39
Soviets Supremos de las Repúblicas Federadas	35
Soviet Supremo de la URSS	31 (18)

No se puede decir, por otro lado, que se haya registrado una marcada evolución positiva en los últimos veinte años en lo que se refiere al Soviet Supremo de la URSS:

1958	27,0
1962	27,0
1966	28.0
1970	31,0
1974	31,3 (19)

Son datos suficientemente expresivos sobre la posición que ocupan las mujeres en la jerarquía política soviética.

Si contemplamos determinados sectores dirigentes de la sociedad en diversos terrenos, los resultados no son diferentes.

Del total de trabajadores científicos,las mujeres representan un 39,7% , pero si observamos los titulados como doctores en ciencias, las mujeres suponen solamente un 13,9% . Si tomamos en consideración la cantidad total de académicos, miembros correspondientes y catedráticos, las mujeres sólo son un 10,2% de ella (20). "Aunque en 1967 el 70 por ciento de los profesores eran mujeres, sólo el 22% de los directores de institutos de enseñanza media y el 25% de los directores de institutos de ocho cursos eran mujeres" (21). Del conjunto de directores de em-

(16) Idem, pág. 219.

(17) Secretariado del C.A.M.E., "La mujer en la sociedad socialista", Akal, Madrid, 1976, página 146.

(18) Idem, páginas 146 y 147.

(19) "Les femmes sovietiques", Editions du Progrés, Moscú, 1975, pág. 76.

(20) Idem, pág. 151.

(21) Churchward, libro citado, pág. 41.

presas, incluyendo los directores de sovkoses, las mujeres significan tan sólo un 13% ... (22).

Cifras análogas se reproducen en los diversos sectores de la clase dominante soviética. La mujer, pues, está muy poco presente en los medios dirigentes de la URSS.

Este fenómeno no es ajeno a la ideología y a la política mantenidas por el Partido y el Estado con respecto a la situación de la mujer en la sociedad.

Es muy cierto que en la Unión Soviética ha habido una incorporación masiva de las mujeres al proceso productivo social. Y éste se ha solido presentar como uno de los grandes progresos realizados por la URSS. No hay que olvidar, sin embargo, que esa incorporación se vuelca especialmente hacia los sectores peor remunerados y de menor prestigio social (enseñanza y sanidad, sobre todo) y que se centra en los estratos inferiores de cada rama, como hemos apuntado más arriba (23).

Ello corresponde a una sociedad en la que sigue considerándose la familia como una pieza básica de la organización social, una pieza en la que la mujer desempeña el papel de responsable de los hijos, de las compras y de las labores domésticas.

La sociedad soviética sigue asignando al núcleo familiar una serie de funciones en la educación y en la satisfacción de las necesidades ordinarias (comida, lavandería, etc.), a falta de una organización superior y de más envergadura de los servicios colectivos. Y buena parte de esta función asignada a la familia es a la mujer a quien le cae encima (24).

Así sucede que muchas mujeres quedan encadenadas a sus hijos, al ser muy insuficientes las guarderías en la Unión Soviética (por más que puedan resultar abundantísimas en comparación con las existentes en otros muchos países). Sólamente "alrededor del diez por ciento de todos los niños soviéticos menores de dos años están inscritos en guarderías públicas. El porcentaje correspondiente a los niños incluídos entre los tres y los seis años, sometidos a educación preescolar, es del veinte por ciento aproximadamente. La inscripción de todos estos niños queda limitada principalmente por el número de plazas disponibles, puesto que la demanda está muy por encima de la oferta. En Moscú, por ejemplo, que probablemente es la ciudad soviética que cuenta con mayor número de instituciones, únicamente puede admitirse al 50% de todos los solicitantes" (25).

(22) Gail Warshofsky, obra citada, pág. 184.

(23) Las mujeres "representan en efecto el 51% del total de trabajadores (...) Trabajan casi tantas mujeres como hombres (...) En el momento presente son ellas las que hacen la mayor parte de los trabajos no cualificados y peor pagados, en sectores de la producción específicos. Las minas y la metalurgia, por ejemplo, son un dominio de los hombres (...). El salario medio de los mineros es de 195 rublos al mes y el de los obreros de la metalurgia de 129 rublos mensuales. A la inversa, el 83% de los trabajadores de la industria ligera son mujeres: 72 % en el textil, 86 % en la confección, 74% en la alimentación. El salario medio en el textil es de 84 rublos mensuales, de 76 rublos en la confección y de 93 rublos en la alimentación ("Syndicalisme et libertés en Union Soviétique", documentos recogidos y presentados por Olga Semyonova y Victor Haynes, Maspero, París, 1979, pág. 14).

(24) "Mientras que el 50% de los hombres van a las escuelas nocturnas para elevar su cualificación (en las industrias mecánicas), las mujeres permanecen en casa para hacer las tareas domésticas y atender a los hijos. Hay estudios sociológicos soviéticos que muestran que las mujeres hacen más del 80% de las tareas domésticas" (Idem, pág. 15).

(25) "La educación preescolar en la Unión Soviética", T. I, Presentación de Henry Chauncey, Editorial Fontanella, Barcelona 1979, pág. 11.

La concepción de las viviendas no responde a la voluntad de satisfacer colectivamente, fuera de las paredes del hogar, el mayor número de servicios posibles. Las experiencias iniciadas anteriormente en ese sentido han caído en desuso (26).

No hay que olvidar, asimismo, que las serias deficiencias en la distribución de los productos de primera necesidad generan una constante dedicación de las mujeres para conseguir tales productos.

> "La necesidad de ir de compras y al mercado –recalca L.G. Churchward– explica que las mujeres elijan empleos de menor categoría profesional y en oficinas con una jornada de trabajo fija" (27). Cerrándose el camino, de esa forma, para puestos de mayor responsabilidad.

Desigual representación de los grupos nacionales en las esferas dirigentes

Los problemas nacionales de la URSS –y, más particularmente el predominio nacional gran-ruso– encuentran también un reflejo en la composición de la clase dominante soviética. Aún sin entrar aquí en las variadas vertientes de la cuestión nacional en la URSS, expondremos algunos datos significativos relacionados con el reparto por grupos nacionales de categorías tales como: estudiantes del nivel superior, profesionales o trabajadores científicos, todo ello comparado con las cifras globales de población de cada grupo nacional.

Grupos nacionales más numerosos.	Porcentaje población total URSS 1970	Estudiantes superiores 1969/70	Profesionales 1959	Trabajadores científicos 1969
Ruso	53,4	59,8	58,1	66,1
Ucraniano	16,8	13,6	14,6	10,8
Uzbeko	3,8	3,2	1,3	1,3
Bielorruso	3,7	2,8	2,6	2,0
Tártaro	2,4	1,8	1,4	1,2
Kazako	2,2	2,2	0,9	0,8
Azerbaijanés	1,8	1,8	1,4	1,4
Armenio	1,5	1,7	2,1	2,1
Georgiano	1,4	1,9	2,6	2,0
Moldavo	1,1	0,7	0,3	0,3
Lituano	1,1	1,1	0,8	0,8
Tadjiko	0,9	0,6	0,3	0,2

(28)

(26) "El concepto según el cual la distribución espacial de las residencias debería proyectarse de tal forma que fomentara la interacción social ha sido un tema recurrente en el pensamiento soviético sobre la ciudad (...). Aproximadamente en la decada posterior a la Revolución de Octubre, los urbanistas soviéticos centraron su interés en la casa comunitaria de apartamentos como el instrumento principal para reorientar la arquitectura heredada del capitalismo. En fecha tan temprana como 1919, el Partido Comunista apoyó oficialmente la idea con el objeto de liberar a la mujer para el empleo..." (Larry Sawers, "La planificación urbana en la URSS y en China", Revista Mensual, Julio/Agosto de 1978, pág. 82).

(27) Churchward, obra citada, pág. 92.

(28) Idem, páginas 57, 44 y 45.

En el cuadro se pueden contemplar las desproporciones existentes entre la población de cada grupo nacional y los porcentajes de estudiantes superiores, profesionales y trabajadores científicos que les corresponden a cada uno de ellos. En el caso del grupo gran-ruso, del armenio y del georgiano, los porcentajes de estas categorías son superiores al de su población dentro del total de la población soviética. En los restantes casos, los porcentajes resultan más o menos desfavorables. No es preciso insistir en la importancia que tiene este hecho, como fuente de desigualdades, en una sociedad en la que la posición social depende en buena medida del nivel de la cualificación profesional. Sobre esta base, la desigual representación de los grupos nacionales en la jerarquía política se hace más y más patente en cada escalafón.

Estas diferencias se manifiestan con evidente claridad en la cúspide del aparato político, el Comité Central del PCUS. Veamos los porcentajes de rusos, miembros de otras nacionalidades europeas y miembros de nacionalidades asiáticas en 1956, 1961, 1966 y 1971:

Nacionalidades	1956	1961	1966	1971
Rusos	69	63	64	64
Otras nac. europeas	23	30	29	27
Nacional. asiáticas	8	7	7	9

(29)

Los porcentajes de miembros rusos del C.C. no corresponden, como se puede ver, al peso de la población rusa dentro de la población soviética, sino que lo rebasan siempre en diez puntos o más. La mayor participación de las nacionalidades europeas no gran-rusas en 1961 y 1966 se debe a dos causas precisas y no a un cambio de orientación política destinado a aumentar la representación de los grupos nacionales minoritarios. La primera es la presencia en el Buró Político de dos representantes de los rusos blancos, que consiguen elevar los miembros de esta nacionalidad en el C.C. de 3, en 1956, a 7, en 1961, y a 10, en 1966. La segunda causa debe atribuirse al interés de Kruschev, anteriormente dirigente en Ukrania, de reforzar su posición en el C.C., para lo que presionó en favor del aumento de la representación ukraniana, que pasó de 6, en 1952, a 16, en 1956, y a 33, en 1961 (30).

Este fenómeno no puede explicarse sin tener en cuenta la considerable influencia del nacionalismo gran-ruso en la sociedad soviética (31).

(29) Michael Morozov, "Quién manda en Rusia; El establishment soviético", Aymá, Barcelona 1977, pág. 43.

(30) Idem, pág. 42.

(31) Aún sin estar hechas desde un punto de vista revolucionario, no dejan de ser interesantes las críticas que, sobre este particular, formula Roy A. Medvedev, subrayando cómo "los nacionalistas rusos tuvieron hasta ahora el apoyo de organismos tan influyentes como la Dirección Política del Ejército Soviético y el Comité Central del Konsomol. La propaganda de los rusistas es presentada como una forma de educación patriótica..." ("La democracia socialista", Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires-Santiago de Chile, 1974, pág. 108).

Factores de cohesión

La clase dominante soviética, como todas las clases sociales, está atravesada por numerosas contradicciones. Estas contradicciones se derivan, generalmente, de las posiciones que ocupan sus diversos sectores y capas en la organización del poder soviético y dan lugar a distintas formas de lucha por mejorar la propia posición a costa de la de los grupos rivales.

La división de funciones relativamente estable entre los dirigentes (especialistas económicos, militares, dirigentes del aparato...) (32) da una estabilidad notable a estas contradicciones, capaces de generar conflictos constantes en los que intervienen simultáneamente los elementos *especialización* (rama o sector de la administración, militares, etc.) y *jerarquía* (planificación central contra empresas, etc.).

Con todo y con eso, la clase dominante soviética experimenta la acción cohesionadora de dos poderosos factores.

El primero de ellos es propio de todas las clases dominantes: *una masa de intereses comunes* que defender frente a las demás clases sociales. El segundo es característico de la clase dominante soviética y reside en *la pertenencia del conjunto de sus miembros a un sistema organizativo único:* el Partido, una de cuyas funciones consiste precisamente en velar por la unidad de la clase dominante.

El interés común se refiere a los privilegios políticos, honoríficos y materiales de los que disponen los miembros de esta clase.

Si nos atenemos a las rentas salariales, "la relación entre el salario más bajo y el que recibe el especialista es aproximadamente de 1 a 10" (33). No obstante, es poco menos que imposible saber cuáles son los salarios de los dirigentes superiores. Existen indicaciones que permiten pensar en salarios mucho más elevados. Valga señalar que cuando Kruschev se retiró se le asignaron 3.000 rublos mensuales, mientras que entonces, muchos altos cargos cobraban 500 rublos mensuales y el salario mínimo legal era de 60 rublos al mes (34).

Una idea indirecta de las diferencias en las rentas salariales la encontramos en la comparación de la evolución del número de libretas de ahorro y la de la cuantía total de los depósitos. Como subraya K.S. Karol:

> "En 1965 había 247 libretas por cada mil habitantes. En 1976 eran 439 sobre mil, con un incremento de casi un 100% . Pero en el mismo período (...) los depósitos bancarios se han quintuplicado. Así pues, no hay en la URSS una tendencia general al ahorro sino un fuerte incremento del ahorro de una minoría de 'ricos'. Tanto más cuanto que nada impide a una familia que 'economice' mucho el tener más de una libreta de ahorro (...)" (35).

(32) Es necesario recalcar el importante peso de los militares en el interior de la cúspide política. Valga recordar el papel determinante que jugó Zhukov, a la sazón ministro de defensa, para zanjar el conflicto que enfrentó a Kruschev con Malenkov y Molotov en beneficio del primero. Así lo manifiesta Kruschev con notable claridad en sus "Memorias", Euros, Barcelona, 1975, páginas 15 y siguientes.

(33) Leonid Pliutch, L'Etincelle, 27 Avril 1979, pág. 24.

(34) Churchward, obra citada, pág. 89.

(35) K. S. Karol, "¿Quiénes son los soviéticos ricos?", Transición núm. 1, Octubre de 1978, pág. 47.

Estas diferencias reflejadas en los depósitos bancarios no emanan sólo de los salarios desiguales sino que tienen, asimismo, otros orígenes complementarios: mercado negro, especulación, etc. Pero qué duda cabe que no son ajenas a las desigualdades salariales.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que en la URSS los niveles de consumo no están determinados solamente por los salarios sino también por la posición ocupada en la jerarquía. Así lo recuerda el propio Karol en otra ocasión:

> "Los que están en el vértice de la escala social –dice– se benefician de todos los aspectos sociales del salario, es decir, de los servicios semi-gratuitos. Además, tienen acceso prioritario a las empresas del Estado en las que se vende a precios fijos y no muy elevados" (36).

Una mejor posición en el aparato permite conseguir más y mejores bienes, independientemente de la renta salarial.

> "La élite –escribe H. Ticktin– consigue sus casas, sus coches con chófer, sus coches privados, la comida, la ropa, la atención médica, las vacaciones, etc., o gratuitamente o a un precio muy bajo en sus tiendas especiales" (37).

En el mismo sentido abunda Churchward refiriéndose a las viviendas:

> "... Algunas viviendas (hasta el 10 o el 15% en algunas ciudades) han sido construídas por empresas económicas o institutos de investigación, bajo cuyo control están. Estos centros distribuyen los alojamientos sólo entre su propio personal y basándose en un sistema especial de prioridad, que tiende a seguir un criterio de *status*, de manera que los profesionales de más categoría, como los ingenieros importantes, directores, jefes de departamentos, alto personal de investigación, etc., tienen preferencia sobre los demás" (38).

Habría que aludir también a las raciones ("*paiok*") de provisiones que reciben regularmente ciertos miembros del Partido (39), a las escuelas maternales especiales para los hijos de los dirigentes, a las reservas de caza particulares, etc. (40).

De hecho, la producción misma está orientada en función de unos niveles de consumo muy desiguales (41). No deja de ser llamativo el énfasis que se pone en la URSS en la producción de automóviles individuales, de lavadoras familiares (había 188 por 1000 habitantes en 1975) o de motos (25 por 1000 habitantes ese mismo año), que acentúan las diferencias sociales y van en perjuicio de una mayor expansión de los servicios colectivos (42).

(36) K. S. Karol, El Viejo Topo núm. 17, Febrero de 1978, pág. 37.

(37) Hillel Ticktin, "Hacia una economía política de la URSS", Crisis núm. 1, 1979, página 77.

(38) Churchward, obra citada, pág. 90.

(39) Nina y Jean Kéhayan, "Calle del proletario rojo", Blume, Barcelona, 1979, pág. 92.

(40) Pliutch, texto citado, pág. 24.

(41) Así lo resaltan muy justamente Leo Huberman y Paul Sweezy en su escrito "Lecciones de la experiencia soviética" (reproducido en la antología titulada "Introducción al socialismo", Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1976), contraponiendo a esa orientación lo que sería una política socialista consistente en producir bienes de acuerdo con la "satisfacción colectiva de las necesidades: automóviles de uso común, cocinas y comedores colectivos, lavaderos comunales por edificios o por barrios, etc. Semejante política –es preciso subrayarlo– no significaría solo una *utilización* distinta de los bienes, sino también un diferente modelo de producción" (pág. 154).

(42) "La URSS en cifras".

Los privilegios a los que hemos aludido someramente alimentan la unidad de la clase dominante soviética, pero, como indicábamos más arriba, existe también otro factor poderoso que incide en el mismo sentido: el Partido.

Con respecto a la clase dominante, el Partido desempeña el papel de árbitro y de condensador de los elementos de unidad cuya síntesis intenta realizar constantemente. El Partido es un cimentador fundamental de la unidad de la clase en el poder.

Conviene recalcar que la pertenencia al Partido es, de hecho, un requisito imprescindible para acceder a los puestos dirigentes de la estructura política y social y para permanecer en ellos.

Los datos son concluyentes:

"60% de los abogados (...) pertenecen al Partido" (43).

"Hoy en la URSS, uno de cada tres ingenieros, de cada dos agrónomos o zootécnicos, de cada cuatro maestros y de cada cinco médicos son comunistas" (es decir, miembros del Partido) (44).

De un modo general, "casi el 30% de los graduados son miembros del Partido" (45).

En las Fuerzas Armadas, "más del 90% de ellos (oficiales y jefes) son comunistas y komsomoles" (miembros del Partido o de las Juventudes) (46).

En aquellos sectores donde la incorporación al Partido no es tan elevada, acaba produciéndose antes o después si el interesado aspira a ocupar puestos dirigentes. Así, "un estudio realizado entre 50 altos científicos (elegidos al azar) demostró que 34 eran del Partido. Para éstos, la edad media de ingreso era los treinta y cinco años" (47). En esa época —1966— la edad media a la que habían ingresado en el Partido los miembros del Buró Político y del Secretariado era de veintidós años.

De manera que el ingreso se produce más o menos tempranamente en las distintas esferas pero acaba acompañando necesariamente a la promoción de quienes escalan los peldaños superiores de la jerarquía.

Y, al igual que la pertenencia al Partido es un nexo de unión de las personas que están en la cúspide de la sociedad soviética, la amenaza de exclusión o la expulsión resulta ser un medio de presión y de disciplina sumamente eficaz dentro de las capas dirigentes.

Sobre la base de la pertenencia al Partido es posible, por consiguiente, organizar una disciplina política e ideológica de envergadura en el interior de la clase dominante, reforzando sobremanera la influencia y la capacidad de control de la vanguardia de dicha clase o, lo que es lo mismo, de la dirección del Partido.

---

(43) Janina et Gérard Lagneau, artículo citado, pág. 40.

(44) A. Yákovlev y otros autores, "Conocimientos políticos básicos". Editorial Progreso, Moscú, 1975, pág. 104.

(45) Churchward, obra citada, pág. 98.

(46) V. Riabov, libro citado, pág. 164.

(47) Churchward, obra citada, pág. 178.

Para asegurar la función unificadora del Partido, sus estratos dirigentes integran en su interior representaciones más o menos adecuadas y diversas de los distintos sectores que configuran la clase dirigente.

El 90 de los miembros del Comité Central del Partido pertenecen, con cierta estabilidad, a los tres grandes grupos dirigentes: secretarios del Partido, dirigentes del Estado y jefes del Ejército. Es interesante observar la distribución de los representantes de estos tres grupos en el período comprendido entre 1952 y 1966.

Miembros del Comité Central (porcentajes)				
	1952	1956	1961	1966
Jefes del Partido	70	67	65	60
Dirigentes estatales	17	21	20	23
Jefes militares	4	5	8	7
Otros	9	7	7	10

(48)

Un análisis más detallado nos llevaría a distinguir categorías menos generales o *lobbies* más restringidos como el policíaco, el que se ha solido llamar de los "devoradores de acero". etc. (49). No obstante, tal análisis supera ampliamente el objeto de este escrito. Quede constancia, en todo caso, del carácter diverso y unificador de la composición del Comité Central, de su capacidad para representar los diferentes intereses y para darles un tratamiento coherente con los intereses comunes de la clase dominante.

PRINCIPALES ELEMENTOS DEL SISTEMA DE DOMINACION SOVIETICO

El rasgo más singular del régimen soviético es la combinación de un Estado profundamente disociado del pueblo, al que somete a una opresión aguda, con una estructura organizativa paralela, el Partido, que actúa como núcleo del poder o sobre–poder y que no está sujeto a ningún tipo de control, ni siquiera formal, por parte de la población.

A esto se añade un particular ejercicio del control social y de la represión antipopular; la ambigüedad del ordenamiento jurídico, que contribuye a multiplicar las arbitrariedades; la presencia de una vasta red de organizaciones sociales que actúan, al mismo tiempo, como puentes entre el poder y la población y como órganos de control; y la existencia de una ideología oficial que estimula, en nombre del comunismo, el conservadurismo y la sumisión al poder.

Sobre todo ello hablaremos en el presente capítulo.

(48) M. Morozov, obra citada, pág. 36. Dicho autor añade: "En los años que siguieron a la muerte de Stalin, el porcentaje del Partido disminuyó alrededor de un 10 , mientras que el número de dirigentes económicos, bajo la influencia de Kosiguin, aumentó después de la caída de Kruschev...".

(49) Michel Tatu, "Le pouvoir en URSS", Grasset, París 1967, páginas 466 y siguientes.

La dirección partidista: un sobre-poder que escapa a cualquier forma de control popular

Aún en el caso de que los órganos representativos del poder soviético fueran elegidos de un modo realmente democrático y estuvieran sometidos a un control efectivo por parte de los pueblos de la URSS, por encima de ellos se hallaría un instrumento de poder inaccesible e incontrolado: el Partido, o, mejor, su aparato dirigente.

Su papel hegemónico es definido hoy con extrema claridad en los textos legales. Pero antes de referirnos a ellos, será bueno que echemos una ojeada hacia atrás.

Tanto en la Constitución de 1918 como en la de 1924, no se asignaba un papel oficial al Partido.

En la de 1936 –que habría de durar hasta 1977– el Partido aparece ya como una *institución oficial:*

> El Partido Comunista "es el destacamento de vanguardia de los trabajadores en su lucha por la construcción de la sociedad comunista, y *representa el núcleo dirigente de todas las organizaciones de los trabajadores, tanto sociales como del Estado*" (50) (El subrayado es nuestro).

Simultáneamente, se excluye la libertad de asociarse políticamente en Partidos. A diferencia de la Constitución de 1918, que reconocía a los obreros y a los campesinos el derecho a organizarse, sin hacer explícitos los límites de tal derecho (51), la de 1936 reduce el derecho de asociación a la posibilidad de incorporarse a las *organizaciones sociales* o al *Partido:*

> "... Se garantiza a los ciudadanos de la URSS el derecho a agruparse en organizaciones sociales: sindicatos, asociaciones cooperativas, organizaciones de la juventud, organizaciones deportivas y de defensa, sociedades culturales, técnicas y científicas; los ciudadanos más activos y conscientes de la clase obrera, de los campesinos trabajadores y de los intelectuales trabajadores se agrupan voluntariamente en el Partido Comunista de la Unión Soviética..." (52).

Se consolidan así dos rasgos consustanciales al sistema soviético:

- La atribución al Partido del papel institucional de *órgano rector del Estado,* no buscando para ello una legitimación democrática sino como resultado de su esencia –presuntamente inalterable– de portador de los intereses del proletariado en la marcha hacia el comunismo.

- La negación del derecho a formar *agrupaciones políticas.*

---

(50) Artículo 126. Pág. 104 de la edición de 1960.

(51) El artículo 16 de la Constitución de 1918 plantea así la cuestión: "En vistas a asegurar a los trabajadores la verdadera libertad de asociación, la R.S.F.S.R., que ha roto el poder económico y político de las clases poseedoras y ha superado así los obstáculos que impedían a los obreros y campesinos gozar de la libertad de organización y de acción en la sociedad burguesa, proporciona a los obreros y a los campesinos más pobres toda su asistencia material y de todo género para que se unan y organicen" (Texto incluído en el libro de Guy Desolre "Les 4 Constitutions soviétiques", Savelli, París, 1977, pág. 21).

(52) Constitución de 1936, edición citada, página 104.

En la actualidad, el papel del Partido se ha oficializado todavía más.

La Constitución de 1977 lo define pormenorizadamente, situándolo en el corazón y en la cima del sistema político.

Así, el Preámbulo afirma que "ha crecido el papel dirigente del Partido Comunista", y el artículo 6 lo concreta de este modo:

> "La fuerza dirigente y orientadora de la sociedad soviética y *el núcleo de su sistema político, de las organizaciones estatales y sociales* es el Partido Comunista de la Unión Soviética (...). Pertrechado con la doctrina marxista–leninista, el Partido Comunista determina la perspectiva general del desarrollo de la sociedad, la línea de la política interior y exterior de la URSS, dirige la gran actividad creadora del pueblo soviético e imprime un carácter sistemático y científicamente fundamentado a su lucha por el triunfo del comunismo" (53) (El subrayado es nuestro).

Queda claro, pues, que no se trata ya de una asociación de trabajadores que *intenta* jugar un papel dirigente en la sociedad, en las organizaciones sociales de todo tipo, y también en las organizaciones estatales, sino de una agrupación de personas que *tienen el derecho* –en función de su *posesión* del marxismo-leninismo– a *decidir* en todos los terrenos y, por supuesto, por encima de los organismos elegidos. Se produce, pòr lo tanto, una división de funciones que apenas se oculta ya en los textos soviéticos: el Partido dirige y los Soviets ratifican y, además, se ocupan de los "asuntos prácticos".

> "... Al hablar de su labor gestora (del Partido) –dice un reciente texto soviético– no debemos confundirla con la gestión práctica de los asuntos del país, de los que, con arreglo a las leyes, se encargan los soviets de diputados populares" (54).

Es un sistema peculiar que atribuye la máxima función rectora a un organismo no elegido y asigna a los órganos elegidos la misión subalterna de refrendar y de ejecutar lo que el Partido decide. Es una división de las funciones estatales en la que las más decisivas recaen sobre el aparato dirigente del Partido.

Tal sistema ofrece no pocas ventajas a la clase dominante soviética. El Partido unifica en su interior a los distintos grupos que la integran; concentra los problemas y las decisiones; simplifica en grado sumo la dirección política; asegura la unión y la disciplina de los órganos estatales; establece nexos eficaces con la red de organizaciones sociales; opera en segundo plano –en una trinchera retrasada y confortable–, beneficiándose de los éxitos y no viéndose muy afectado por los fracasos, que pueden ser atribuídos a los otros organismos estatales; su aparato dirigente queda suficientemente lejos de las masas trabajadoras como para hacer inviable cualquier tipo de control...

---

(53) Constitución de 1977, aprobada en la Séptima Sesión Extraordinaria del Soviet Supremo de la URSS de la novena legislatura, 7 de octubre de 1977, Editorial Progreso, Moscú, 1977, pág. 8.

(54) A. Kositsin, "Socialismo y Estado", Agencia de Prensa Novostí, Moscú, 1977, pág. 64.

Estado, sociedad civil, represión y control social

El soviético es un *sistema estatista a ultranza.* El Estado permanente y especializado juega un papel capital en la sociedad soviética. Y no se puede decir que esa tendencia camine hacia la reducción gradual del aparato estatal. La doctrina oficial es inflexible en este punto. El artículo 9 de la Constitución de 1977 habla del "perfeccionamiento del aparato estatal" pero no de su aligeramiento.

Para conciliar este hecho con la concepción marxista de la tendencia a la extinción del Estado tras la toma del poder por la clase obrera, se ha optado por hacer una distinción tajante y absoluta entre socialismo y comunismo. La extinción del Estado, de ese modo, viene a ser una cuestión totalmente ajena al socialismo, durante el cual no se debe plantear ni siquiera como algo embrionario o tendencial. Por otro lado, se cultiva una concepción pretendidamente materialista –y, en cualquier caso, mecanicista– según la cual la extinción del Estado no depende en absoluto de la voluntad del movimiento revolucionario sino pura y exclusivamente de la creación de unas condiciones "materiales, sociales e ideológicas" que "harán que sea innecesaria la dirección estatal de la sociedad" y que pueda ser sustituída por la autoadministración social (55). Esta última, por consiguiente, sobrevendrá como consecuencia de la reunión de tales condiciones, sin que este tema deba ser objeto de un tratamiento político específico durante las distintas fases de la transición.

Nos encontramos, asimismo, ante *un Estado profundamente separado de la sociedad civil.* Un punto de contacto con la misma son las elecciones. No obstante, en relación a este punto, cabe hacer algunas objeciones.

En primer lugar, la realización misma de las elecciones adolece de serios vicios antidemocráticos: tradición en virtud de la cual sólo se presenta un candidato por circunscripción, imposibilidad de presentarse si la candidatura no es aceptada por el Partido, ausencia de debate político libre...

En segundo lugar, los electores no cuentan con medios para controlar la labor de los elegidos.

En tercer lugar, las elecciones se refieren sólo a organismos que tienen un poder limitado: los Soviets de los distintos niveles. Pero, al igual que en los regímenes occidentales, no se eligen los dirigentes de sectores esenciales del aparato estatal permanente (Ejército, policía, etc.). Finalmente, no se eligen, como apuntábamos más arriba, los dirigentes del Partido que son quienes reúnen un mayor poder en sus manos.

Otro rasgo fundamental del régimen soviético –aunque no exclusivo de él pues lo comparte con todos los Estados que han existido anteriormente en la historia– es la existencia de unos *órganos de represión especializados y permanentes,* en los que no participan las masas y que no caen en absoluto bajo su control.

La presencia de estos organismos y su acción represiva antipopular ha hecho correr mucha tinta. No nos detendremos aquí en este aspecto bastante conocido.

(55) "Unión Soviética; guía político-económica", Editorial Progreso, Moscú, 1977, pág. 64. Sobre la cuestión del reforzamiento del Estado véanse los siguientes textos: "La ideología soviética", de Wetter y Leonhard, Herder, Barcelona, 1973, páginas 582 y siguientes, y "Stalin y el materialismo histórico. La lucha de clases. El Estado", artículo de Bernard Fabregues publicado en El Cárabo núm. 11/12, páginas 54 y siguientes.

Subrayaremos, eso sí, lo incompatible que resulta la existencia de este aparato cortado de las masas y su acción contra ellas con un proceso de transición hacia el comunismo.

Hay que destacar, en fin, el *control-social* –riguroso y multiforme– como otro de los rasgos más característicos del régimen soviético (56).

Control social en el que intervienen desde los organismos especializados hasta los simples ciudadanos, a los que se llama a proporcionar información, pasando por el Partido y las diversas organizaciones sociales, y que cuenta con algunos medios específicos de evidente eficacia: libreta de trabajo, pasaporte interno... además de los medios de vigilancia y documentación de uso universal.

Ambigüedad jurídica y arbitrariedad

La libertad de acción del aparato estatal permanente se ve acrecentada por el ordenamiento jurídico soviético, que relativiza diversas normas y definiciones, abriendo paso a una actividad represiva arbitraria.

La Constitución de 1936 señalaba que los ciudadanos soviéticos debían usar sus derechos "en conformidad con los intereses de los trabajadores y en vistas a reforzar la construcción socialista" (artículo 125). En 1971 dos juristas soviéticos iban mucho más lejos al afirmar ante la Asociación de Derecho Internacional Comparado que "está prohibido usar estas libertades en detrimento del Estado socialista" (57).

Dentro de esa línea, la Constitución de 1977, en su artículo 39, precisa que "El uso de los derechos y libertades por los ciudadanos no debe lesionar los intereses de la sociedad y del Estado ni los derechos de otros ciudadanos".

En el mismo sentido abundaba Breznev al defender el Proyecto de Constitución ante el C.C. del P.C.U.S.:

> "Naturalmente, camaradas, el Proyecto de Constitución parte del hecho de que los derechos y las libertades de los ciudadanos no pueden y no deben ser utilizados contra nuestro sistema social..." (58).

Los derechos y las libertades, en consecuencia, además de los límites jurídicos precisos establecidos en la Constitución y en las leyes, se ven limitados por una norma ideológica imprecisa. A los límites jurídicos se añaden los límites ideológicos.

Los derechos garantizados por la ley pueden verse mermados o negados apelando a normas ideológicas generales.

La contraposición de las normas ideológicas a las normas jurídicas puede dar lugar a todo tipo de arbitrariedades.

(56) Véase el libro citado de M. Mouskhely y Z. Jedryka, páginas 340 y siguientes.

(57) Citado por Henri Chambre, "Les dissidents en URSS", Pouvoirs núm. 6, tercer trimestre de 1978, pág. 71.

(58) Citado por Guy Desolre, libro citado, página 12. Sobre este mismo tema véase "URSS, 100 preguntas y respuestas", Novosti, Moscú, 1979, páginas 117 y 118.

La red de organizaciones sociales

Sería incompleto el esbozo del régimen soviético si no aludiéramos a uno de sus elementos más característicos, cual es la red de organizaciones sociales.

He aquí una referencia de las principales de ellas y del número de miembros con que cuentan.

Grupos	Número de miembros 1963/64	% de crecimiento 1963-1972	Número de miembros 1972/73
Población adulta	140.000.000	12	156.507.828
Miembros y candidatos del Part.	10.387.196	43	14.821.031
Sindicatos	68.175.600	44	98.000.000
Juventudes	22.000.000	41	31.000.000
Milicias volunt.	5.500.000	27	7.000.000

(59)

Las cifras de 1977-78 son las siguientes: Sindicatos: 113.500.000; Juventudes: 35.600.000; asociaciones deportivas: 33.000.000; Asociación de Ayuda Voluntaria a las FF.AA.: 80.000.000; Asociación para la Difusión de Conocimientos Científicos y Técnicos: 8.000.000... (60).

Nos encontramos, pues, ante una tupida red organizativa que abarca a buena parte de la población.

Más allá de las funciones oficialmente asignadas a cada una de estas organizaciones, lo cierto es que constituyen un medio sumamente eficaz para mantener el sistema vigente. Las esferas dirigentes se apoyan en ellas como instrumentos auxiliares para asegurar su control de la sociedad, para tejer ciertos lazos con los diversos sectores de la población, etc. En algunos casos, el de los sindicatos es el más notorio, estas organizaciones desempeñan asimismo un importante papel en el proceso productivo, como supervisoras de la actividad, cauces de información, factores de disciplina laboral...

Aspectos de la ideología oficial

Dado el monopolio de la difusión de ideas en la URSS por parte del binomio Partido-Estado, la ideología dominante aparece como un importante factor de cristalización del orden establecido.

(59) Jerry F. Hough, "Political participation in the Soviet Union", Soviet Studies núm. 1, 1976, pág. 8.

(60) Pouvoirs, número citado, pág. 88.

Aludiremos, para concluir, a los componentes más acusadamente conformistas de esta ideología:

- La *idea de armonía social* cobra un peso singular en la sociedad soviética actual. No existen contradicciones considerables ni entre los tres grandes grupos sociales reconocidos (clase obrera, campesinado y estrato intelectual) ni entre trabajadores y Estado. Este último no es ya órgano de la dictadura del proletariado sino un *Estado de todo el pueblo,* según la fórmula vigente (61).

- Complementario de esta concepción es lo que pudiéramos llamar el *culto a la delegación del poder* en el Estado y en el Partido. No son las masas las que deben ocuparse de los grandes problemas y transformar la sociedad con su propia acción sino que tal tarea le corresponde al Estado y al Partido.

- La *jerarquización social y la división de funciones* se presentan como un valor intocable antes del advenimiento del comunismo. El Estado gobierna, el Partido define la línea, la policía controla y reprime, los ingenieros dirigen las fábricas, las mujeres se ocupan de los hijos... Existen unos papeles y unos ámbitos diferenciados que no se pueden modificar o invadir.

- El *socialismo se identifica con la propiedad estatal.* La Unión Soviética es socialista debido al predominio de la forma de propiedad estatal, independientemente de las relaciones de producción que existan (62).

- El acceso al comunismo depende del *desarrollo de las fuerzas productivas.* Tal desarrollo máximo, por lo tanto, constituye un objetivo primordial y prioritario, al que deben someterse otros objetivos. No importa tanto la calidad de las relaciones sociales de producción como la cantidad del producto. Bajo esta óptica economicista, se justifica el mantenimiento de criterios productivos y de organización de la producción análogos a los occidentales.

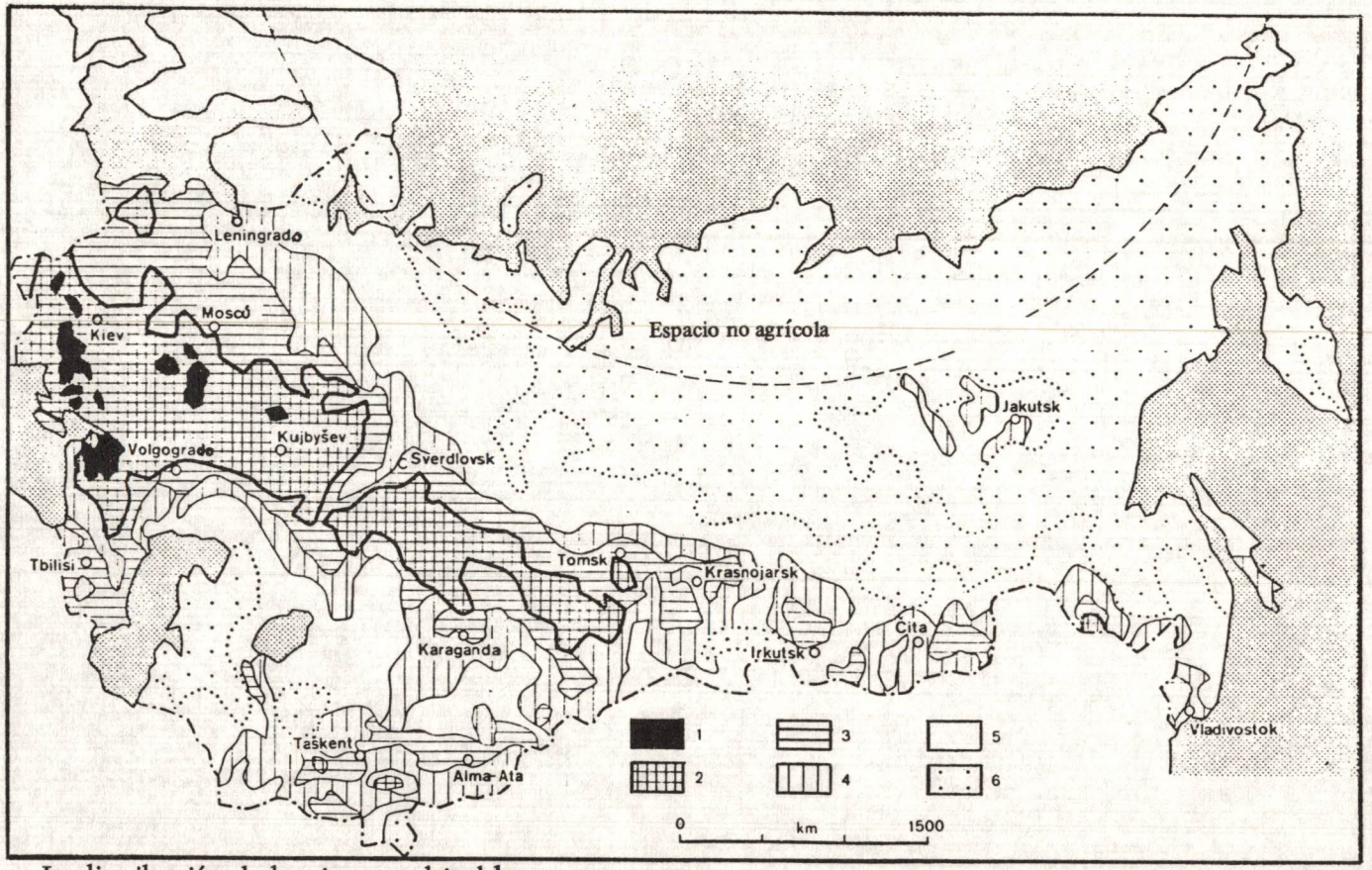
- *El nacionalismo gran ruso se combina con el nacionalismo soviético.* El primero expresa el predominio del grupo nacional gran ruso en el interior de la URSS. El segundo, marcado por una actitud profundamente xenófoba y de ignorancia del mundo exterior, trata de alimentar la cohesión de la población en torno a la política interior y exterior del régimen.

- *La familia,* que a pesar de ajustarse a los patrones tradicionales recibe el nombre de *familia soviética,* sigue siendo una célula económica y social fundamental de la sociedad soviética, un factor de sujeción de la mujer y de los hijos, de corrupción de la conciencia de los hombres y de atomización social e individualismo.

Este conjunto de elementos, a los que se agregan otros muchos de menor importancia, configuran una ideología conservadora, que estimula la sumisión ante el Partido y el Estado, y condena toda forma de rebeldía ante el sistema establecido.

(61) "Con el triunfo del socialismo, el Estado de la dictadura del proletariado empieza a convertirse en organización política de todo el pueblo. De arma de dominio político de una sola clase, como era en la primera fase de la construcción del socialismo, el Estado socialista se convierte en órgano que expresa la voluntad y defiende los intereses de todas las clases y grupos sociales de la sociedad, de todo el pueblo" (A. Kositsin, obra citada, pág. 45).

(62) Sobre el particular véase el artículo de Bernard Fabregues citado en la nota número 55, páginas 21 y siguientes.



La distribución de las tierras cultivables

1.- Más de 80 ; 2.- De 40 a 80 ; 3.- De 10 a 40 ; 4.- De 1 a 10 ; 5.- Menos de 1 ; 6.- Porcentaje insignificante.

Sobre la naturaleza social de la URSS*

Entrevista con Ernest Mandel

– Hace poco se celebró el sesenta aniversario de la Revolución rusa y también el cuarenta aniversario de la publicación de La revolución traicionada *de Trotsky, donde habla, por vez primera, de la Unión Soviética como de un Estado obrero degenerado. En estos últimos cuarenta años se han producido una relativa estabilización, de la burocracia soviética, ¿en qué medida crees que el análisis de Trotsky soporta la prueba de estos acontecimientos?*

– El punto de partida de Trotsky era el mismo que había adoptado la izquierda del movimiento obrero internacional en su conjunto al principio de la Revolución rusa, y el mismo que las diferentes tendencias más o menos revisionistas se han visto obligadas a abandonar: es imposible examinar los orígenes y el devenir de la Revolución rusa aislando a Rusia del resto del mundo.

La paradoja que está en la base de la teoría de la revolución permanente –es decir, la posibilidad que tiene el proletariado de conquistar el poder en los países capitalistas menos desarrollados antes de conquistarlo en los países capitalistas más desarrollados– sólo tiene sentido en el marco de un análisis específico del imperialismo y de la lucha de clases a escala mundial. Sólo en la medida en que existe el fenómeno del imperialismo, o más exactamente, el fenómeno de la decadencia del modo de producción capitalista, el viejo dicho de Marx de que los países más avanzados muestran a los más atrasados su propio futuro como en un espejo, ya no tiene una aplicación general en el siglo XX.

A partir de esta posición inicial, Trotsky extrajo dos conclusiones: en primer lugar, que la victoria de la Revolución rusa sólo era posible con el establecimiento de la dictadura del proletariado y con el apoyo del sector pobre del campesinado. En segundo lugar, que la construcción de una sociedad sin clases, de una sociedad realmente socialista en este país atrasado era evidentemente imposible. Los mencheviques no habían superado la posición de Marx, que sólo era válida en el XIX. No supieron comprender las consecuencias que tenía el advenimiento de la era imperialista. No supieron comprender el peso y la lógica del subdesarrollo, que tan fuertemente afectan a la sensibilidad de los revolucionarios contemporáneos y que demuestran a *contrario* lo que hubiera sido de Rusia sin la victoria de la Revolución de Octubre: Stalin, los stalinistas y todas las tendencias que tratan de elaborar análisis de la naturaleza de la URSS exclusivamente en función de las tendencias internas a la URSS, han cometido el error paralelo de creer que era posible hacer abstracción de la inserción de Rusia en el marco internacional, de las implicaciones económicas, militares y sociales de esta inserción, y de creer que, en ciertas condiciones, la construcción de una sociedad sin clases podía llevarse a cabo en un solo país.

Lo que subyace a la posición de Trotsky, independientemente de sus formulaciones y variaciones coyunturales, es que, para él, la suerte de la Unión Soviética depende, en última instancia, del desarrollo de la lucha de clases a escala mundial. El stalinismo representa una derrota y un grave retroceso de la revolución mundial después de 1923.

Pero también es una expresión del debilitamiento estructural a largo plazo del capitalismo mundial, que no ha sido capaz de restaurar el modo de producción capitalista en la URSS, a pesar de sus insistentes tentativas económicas y militares. Tras la fórmula "eta-

(*) Entrevista publicada en "El Viejo Topo" - Extra n. 2, dedicado a la URSS y los países del Este, Barcelona, 1976.

pa de transición", "sociedad de transición", se oculta en realidad la cuestión no definitivamente resuelta de la prueba de fuerza entre el Capital y el Trabajo a escala mundial. En este sentido, y a pesar de que se equivocase en los plazos, la forma en que Trotsky formuló el dilema en 1939/1940 sigue siendo esencialmente correcta. Una derrota aplastante del proletariado mundial a lo largo de un período histórico no sólo podría, sino que debería conducir necesariamente a la restauración del capitalismo en la URSS. Y una derrota aplastante del Capital, de la burguesía mundial, en algunos de los países clave del mundo capitalista situaría de nuevo a la URSS en el camino de la construcción de una sociedad sin clases.

– ¿De qué modo es posible analizar el poder de la burocracia en la Unión Soviética, una burocracia que no solamente se ha mantenido en el poder sino que, por medio de la represión y de su papel en la economía, parece haber ampliado aún más sus posibilidades de intervención? ¿Cuál es la naturaleza de este poder? Ello nos lleva a plantear el problema del Estado en la Unión Soviética y, más en general, en las sociedades de transición.

– Antes de contestar a esta pregunta, sería útil hacer algunas observaciones preliminares. En primer lugar, la discusión en Occidente adolece de una evidente falta de información, a la que a menudo se añade una gran frivolidad. O para ser más exactos, la mayor parte de quienes se ocupan de la URSS son incapaces de abordar la realidad socio-económica de este país teniendo en cuenta lo que Lenin consideraba como una de las principales características de la dialéctica materialista, a saber, la *Allseitigkeit*, el hecho de tomar en consideración todos los aspectos de una realidad, sin aislarlos unos de otro. En este sentido, se podría escribir la historia de la sovietología occidental –y en este término un tanto peyorativo de sovietología incluyo también a las corrientes y subcorrientes del propio pensamiento marxista– en función del aspecto o aspectos que enfatizan, según el momento, las necesidades pragmáticas de la lucha política, los caprichos personales o los vulgares intereses que cada uno defiende. Unas veces se enfatiza el carácter limitado de las fuerzas productivas, otras, el despilfarro o la contradicción entre el bajo nivel de vida de la población y el inmenso potencial industrial; en ocasiones se habla de los grandes avances tecnológicos, y en ocasiones del retraso inmenso de la tecnología, etc. Si se quiere tener una visión un poco exhaustiva, no es precisamente información lo que falta. Hay que molestarse en elaborar una visión de conjunto, sin perder nunca de vista la necesidad de integrar elementos a menudo contradictorios en esa visión dinámica de la realidad social soviética. Hace tiempo que lo vengo diciendo: me extraña la ligereza, por no decir irresponsabilidad, con que muchos observadores occidentales hablan de la crisis económica "que afecta tanto a la economía soviética como a la occidental", o de la escasa importancia que otros –entre los que se cuentan muchos que se reclaman marxistas– conceden a una "pequeña diferencia": la de que frente al vertiginoso aumento del paro en los países industrializados de Occidente, no se da en absoluto el paro en los países industrializados de la Europa oriental. Estas dificultades se liquidan con fórmulas que, en realidad, son simples escapatorias sin base teórica, como por ejemplo, la que dice: "*Sí, es cierto, pero en la Unión Soviética existe una forma de paro oculto o camuflado en muchas empresas.*" La "diferencia" es que el obrero soviético continúa cobrando y el parado occidental se queda sin recursos. ¿Por qué razón los países industrializados que, sin embargo, son mucho más ricos que la Unión Soviética, no han podido ni querido evitar el paro "aparente" reemplazándolo por el paro oculto? Todas estas cuestiones remiten evidentemente a un método de análisis de conjunto y a la incapacidad de quienes rehusan aplicarlo para comprender la compleja realidad de la Unión Soviética. La otra observación preliminar concierne a la dificultad de comprender con un mínimo de precisión esta combinación de estabilidad e inestabilidad que desde hace mucho tiempo caracteriza el reinado de la burocracia soviética. ¿Se puede hablar de estabilidad? Para quienes esperaban la revolución política o el hundimiento del régimen a corto plazo, sí, se puede hablar de estabilidad. Pero si hacemos un balance de los últimos veinticinco años, desde la muerte de Stalin, yo diría que no ha habido un solo año en el que no se hayan producido modificaciones que, respecto a la antigua imagen monolítica, no sean importantes. ¿Acaso la Unión Soviética es la misma con el culto a Stalin o sin el culto a Stalin? ¿Acaso es la misma con un nivel de vida de los obreros similar al de un obrero turco o con un nivel de vida similar al de un obrero italiano? ¿Acaso es la misma Unión Soviética que produce treinta toneladas de acero y la que, con una producción superior en un 20 por ciento a la de los Estados Unidos, ocupa el primer lugar en el mundo entre los países productores de acero? ¿Acaso es la misma Unión Soviética en la que sólo hay disidentes en los Gulags y una Unión Soviética en la que abundan las corrientes políticas, los *samizdats*, y en la que se producen debates a todos los niveles, no sólo entre los intelectuales sino también en los sindicatos? El problema, incluso desde este punto de vista, es muy complejo. En este caso, en mayor

medida que en el anterior, lo que se echa en falta no es tanto un método de integración de las informaciones cuanto las propias informaciones. Conocemos mal todo lo que no es macroeconómico o macrosocial. Conocemos los grandes conjuntos, los agregados: las cifras de la producción industrial, de la renta nacional, incluso la participación de la burocracia en esta renta nacional (que no es muy difícil de calcular). Todo esto lo conocemos bastante bien.

Pero estamos hablando de un país de 250 millones de habitantes. El conjunto de esta sociedad incluye muchas minisociedades. Y en este sentido no disponemos de la suficiente información. Sólo conocemos ciertos aspectos de la realidad soviética de un modo brusco, instantáneo, gracias a la luz que de vez en cuando arrojan ciertos testimonios.

Si tenemos en cuenta estas dos observaciones preliminares, nos podemos aventurar a destacar determinadas tendencias generales que están, de todos modos, y quiero insistir en ello, muy estrechamente vinculadas a nuestro análisis específico de la realidad socio-económica de la Unión Soviética, en tanto que sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo, y que permiten captar mejor la realidad de las relaciones de producción específicas de esta formación social, insisto, no del período de transición en general, sino de esta formación social específica.

LAS RELACIONES DE PRODUCCION EN LA URSS

Ante todo, creo que es preciso evitar, por deformadora de la realidad, la idea de que nos encontramos en presencia de un estancamiento de las fuerzas productivas, de un despilfarro que habría neutralizado totalmente los efectos de la planificación. Pienso que incluso produciéndose repetidamente una serie de crisis de descenso en la tasa de crecimiento de la economía soviética, incluso existiendo un enorme despilfarro, que indiscutiblemente constituye el punto de acusación número dos contra la burocracia soviética – el punto de acusación número uno es, evidentemente, el hecho de que no permita la autoadministración, la autogestión de los productores, de la parte trabajadora de la población–– la propia duración del régimen y de su crecimiento económico han acabado teniendo efectos acumulativos que sería absurdo negar, sobre todo teniendo en cuenta que constituyen una de las fuentes esenciales de las actuales contradicciones del sistema y una de las razones principales de que la estabilidad de este sistema no sea tan segura como antes.

Los argumentos derivados del bajo nivel de vida de la población, del insuficiente nivel de consumo, si bien contienen un fondo de verdad, deben utilizarse con prudencia. Sobre todo, es preciso evitar la identificación entre nivel de vida y facilidad para el aprovisionamiento de víveres. Al convertirse en una gran potencia industrial, la Unión Soviética ha experimentado también, aunque, con cierto retraso, una modificación en la estructura de la demanda de consumo de los trabajadores similar a la de los países capitalistas occidentales. Ello significa que la permanente escasez de productos agrícolas de calidad es vivida cada vez más como algo absurdo e inaceptable. Pero no que el nivel de vida se haya estancado en función de esta escasez. En lo referente a muchos bienes de consumo industrial y especialmente ––y no es el factor menos importante–– en lo referente al alquiler, que en tiempos de Stalin e inmediatamente después de su muerte estaba en una situación desastrosa, las modificaciones acumulativas de los últimos veinte años han acabado por tener un efecto. Hoy, las reivindicaciones de los trabajadores soviéticos, incluso en materia de consumo, son de naturaleza distinta y se orientan en un sentido más parecido al que tienen en los países industrializados que al que era tradicional en la época de Stalin.

En este sentido, creo que es preciso subrayar ––aunque sé que esto provoca indignación e hilaridad en las corrientes revisionistas–– que las relaciones de producción en la Unión Soviética se basan en una organización planificada de la gran producción, organización que se apoya en la propiedad estatal ––que es una forma de propiedad social–– de los medios de producción, ya que la superioridad de este aspecto de la economía soviética está fuera de discusión, por lo menos en una perspectiva a largo plazo que distinga esta constatación general de conclusiones ditirámbicas del tipo: esto es el socialismo, este es el paraíso socialista o tonterías por el estilo. Afirmar ––como hacen Bettelheim y su escuela–– que la propiedad de los medios de producción sólo ha sido colectivizada desde un punto de vista jurídico y que las empresas disponen de gran parte de sus medios de producción, equivale a manifestar un grave desconocimiento de la realidad de la planificación soviética y de sus resultados, y significa conceder a los fenómenos del mercado negro, a la apropiación ilegal de bienes en

circuitos paralelos por parte de la burocracia (fenómenos evidentemente reales) una importancia económica decisiva que realmente no tienen. La gran paradoja con la que tienen que enfrentarse los partidarios de la definición de la burocracia como clase social es que son incapaces de explicar la característica esencial de toda clase dominante en una sociedad de clase, es decir, *la correspondencia, la correlación, al menos a una escala global, entre los intereses y motivaciones de esta supuesta clase dominante y la lógica interna del sistema económico en cuestión. No puede haber contradicción entre la motivación y el comportamiento de la mayoría de la clase capitalista y la lógica interna del régimen capitalista.* De lo contrario, todo el análisis marxista de las clases sociales resultaría totalmente incoherente y nos encontraríamos en presencia de un modo de producción desencarnado, reificado, que desempeñaría el mismo rol que el *Zeitgeist* de Hegel, como algo completamente escindido de las fuerzas sociales vivas.

Ahora bien, en la Unión Soviética es evidente que no existe tal correspondencia. Y no solamente no existe, sino que todo lo que sabemos del comportamiento y de la motivación de la burocracia, sobre todo de aquellas de sus capas más directamente ligadas a la administración económica, por lo que se supone que son las que controlan el excedente social, contradice la lógica de la economía planificada. Uno de los méritos del análisis marxista revolucionario, trotskista, de la naturaleza social de la URSS, es precisamente el haber puesto de manifiesto este aspecto de las cosas, a partir de un análisis específico de la burocracia y de su papel contradictorio en la sociedad soviética. Este análisis nos ha permitido comprender que nos encontramos ante un fenómeno cualitativa y estructuralmente distinto del de una clase dominante. Al no haber propiedad privada de los medios de producción en la Unión Soviética, al ser las ventajas de que gozan los burócratas, en lo esencial, ventajas derivadas de la función y del lugar que ocupan en la jerarquía, al ser estas ventajas siempre precarias, ya que no existe la propiedad, a este sistema de administración basado en el interés individual de los burócratas le ha sido imposible dotarse de una auténtica racionalidad intrínseca. Todas las reformas del sistema de gestión de la economía soviética, desde la introducción por Stalin, a principios de los años 30, del célebre principio del *khorzachot* (rentabilidad individual de las empresas), hasta las últimas contrarreformas —pues es realmente una contrarreforma lo que está actualmente en curso, en la medida en que elimina gran parte de los efectos de la llamada reforma Liberman—, todos los esfuerzos y tentativas realizados en estos últimos cuarenta años por lo que podríamos denominar plana mayor del bonapartismo burocrático (que es la que trata de mantener el equilibrio entre las diferentes ramas, fracciones y grupos de interés en el seno de la burocracia) no han conseguido superar esta contradicción fundamental del sistema burocrático. No es posible encontrar la piedra filosofal que permita satisfacer al mismo tiempo el interés privado de los burócratas las necesidades y exigencias de funcionamiento de una economía socialista y planificada. Por ello, cada una de dichas reformas conduce a una nueva contradicción, que provoca una nueva reforma, que conduce a una nueva manifestación de la contradicción, y así *ad infinitum*. Este simple hecho debería bastar para convencernos de que la burocracia no es una clase dominante y que en la Unión Soviética no estamos aún en presencia de un modo de producción estable, sea el que sea. En un modo de producción estable, esta situación es impensable, no hay ningún precedente histórico para una situación de este tipo.

LA BUROCRACIA, ¿CLASE DOMINANTE?

Mejor dicho, sí lo hay, pero precisamente es uno que suscita la cuestión de si se trata o no de una clase dominante. El ejemplo histórico al que me refiero es el de la China clásica. Salvando todas las distancias las oscilaciones en el seno de la burocracia soviética son del mismo tipo que las del caso chino. En la medida en que trata de convertirse en propietaria privada, no puede gestionar adecuadamente una economía planificada. En la medida en que se ve obligada a gestionar de un modo más o menos adecuado la economía planificada, no puede dar prioridad a la acumulación de sus privilegios materiales. El error cometido por quienes ven en la burocracia la encarnación de la "voluntad de acumulación", de la "producción por la producción", del "desarrollo superior de la industria pesada en relación a la industria ligera, etc., se debe a la imagen mistificada que se forma de lo que es la burocracia soviética real. Seguramente, han existido planificadores y dirigentes políticos que

tenían la pasión de la producción por la producción, de la producción por la acumulación. Pero los burócratas reales, los burócratas de carne y hueso, si bien también tienen pasiones, ¡seguramente son pasiones más concretas que la de la producción por la producción! Y estas pasiones están estrictamente ligadas a la posición particular que ocupa la burocracia en la sociedad soviética de transición y a su particular y contradictoria articulación en el sistema de la economía planificada.

Quizás sea cierto que Trotsky subestimó el grado de adhesión de la mayoría de los burócratas soviéticos a la propiedad colectiva, pero esto sólo demuestra una vez más que él acortó los ritmos. Trotsky constató una tendencia embrionaria y la generalizó demasiado rápidamente. Sin embargo, me llama la atención el hecho de que si bien reivindicaciones de los, digamos, *managers* soviéticos no suscitan en primer lugar la cuestión de la apropiación privada, sí suscitan desde hace más de veinticinco años una serie de cuestiones que, en su lógica, llevan a cabo una labor de zapa de la economía planificada. Cuando los *managers* hablan de aumentar los derechos de los directores, están pensando en el derecho de despedir a los trabajadores, fijar los precios, modificar el abanico de la producción en función de los incentivos del mercado, etc. Me parece evidente que este tipo de reivindicaciones está en contradicción con la lógica de la economía planificada y que constituye simplemente una fase transitoria en la vía del restablecimiento de la propiedad privada, lo que por otra parte ya había sido previsto por Trotsky. Evidentemente, los directores de los grandes truts automovilísticos o de maquinaria eléctrica no podían pedir desde el primer momento "¡dadnos las fábricas!", sino que esto se desarrollaría por medio de una serie de fases intermedias. Así, pues, creo que en este sentido se puede afirmar que existe una contradicción entre la estructura planificada y el carácter socializado, colectivo, estatal, de la gran producción, por una parte, y el mantenimiento de normas burguesas de distribución, por otra ——normas que derivan especialmente de la supervivencia de las categorías mercantiles y monetarias esencialmente en la esfera de los medios de consumo—— y que constituyen el fundamento de los privilegios de la burocracia. La combinación de todos estos elementos con la omnipotencia de la burocracia que detenta el monopolio de la gestión económica, estatal y social, representa un elemento eminentemente contradictorio en las relaciones de producción de la Unión Soviética.

LA CLASE OBRERA SOVIETICA

– Respecto a estas cuestiones, sería interesante plantearse el problema de la función y el lugar de la clase obrera en esta sociedad soviética. En todo caso, al considerar una sociedad similar a la soviética como la de la Alemania del Este, sorprende el enorme peso que tiene la clase obrera. Si se quiere, es un peso indirecto, pero que determina toda una serie de variaciones, incluso al nivel de la política, de la gestión, y ello de forma cada vez más masiva.

– Yo sería más cauto y no utilizaría la expresión "cada vez más masiva" porque de lo contrario se podría pensar en la inminencia de una serie de correctivos cualitativos o automáticos. Pero es evidente que la situación es muy distinta de la de los países capitalistas industrialmente avanzados, tanto en función de la relación de fuerzas sociales y económicas como en función de la impotencia, de la incapacidad que experimenta la burocracia a la hora de elaborar su propia ideología, y de ahí la necesidad que tiene de no admitir su propio poder y de presentarse como representante del poder de la clase obrera. Ya hemos tenido ocasión anteriormente de llamar la atención acerca de otra paradoja fundamental de la situación, paradoja que las diferentes tendencias revisionistas son incapaces de explicar y que a menudo intentan eliminar de sus análisis, lo que es absurdo: se trata del hecho de que la clase obrera, considerada como la clase dominante, proclamada como tal por todos los elementos de la propaganda oficial, está totalmente desprovista de derechos políticos. Es cierto que, a pesar de no participar en la gestión de la economía y del Estado, sigue detentando una serie de poderes de hecho, de derechos de hecho, resultantes de la Revolución de Octubre, que siguen teniendo una importancia considerable. Es preciso comprender esta contradicción, dominarla y extraer las consecuencias que de ella se deriven.

Ya que en la URSS no existe el mercado de trabajo; ya que a un director de empresa, le está formalmente prohibido, por no decir que le es imposible, despedir a un obrero (cosa que sí puede hacer el jefe de un trust capitalista); ya que, por consiguiente, la seguridad en el empleo es infinitamente mayor que en los países capitalistas ——tampoco hay que exagerar

diciendo que es absoluta—, los trabajadores soviéticos tienen la posibilidad de imponer en sus empresas toda una serie de realidades, como por ejemplo un ritmo de trabajo más lento, que no existen en los países capitalistas. Hay también una curiosa mezcla, un híbrido, entre una gran indiferencia con respecto al esfuerzo individual y un gran interés por la cualificación individual, lo que en cierta medida es lo contrario de lo que pasa en una sociedad capitalista.

Ninguno de los dos aspectos de esta contradicción debe ser subestimado, porque ambos tienen una dinámica social evidente. Actualmente, en las empresas de la Unión Soviética, según cifras oficiales —y aunque las cifras oficiales sean exageradas, siempre tienen algún punto de contacto con la realidad—, hay diez millones de personas con diplomas de enseñanza superior o de enseñanza técnica superior. Con un total de 70 millones de trabajadores, este es un porcentaje considerable, y además aumenta de año en año. Y esto, por supuesto, no puede dejar de tener efectos sobre la confianza que la clase obrera experimenta en sí misma. Como tampoco puede dejar de modificar las relaciones de fuerza de la clase con respecto a la burocracia en el marco de una situación en la que, desde el primer momento, el monopolio del saber ha sido un arma en manos de los privilegiados. Actualmente, este monopolio se ve disminuído por el extraordinario esfuerzo de cualificación cultural y técnica que está haciendo la clase obrera soviética.

¿Cómo es posible que, en estas condiciones, se dé también una gran indiferencia con respecto al esfuerzo productivo? Pienso que tampoco en este caso la respuesta es difícil. Esta indiferencia existe en la medida en que la masa de los productores está profundamente convencida de que es inútil hacer un esfuerzo cuando todo está estrechamente controlado desde un punto de vista centralizador y al mismo tiempo infinitamente desorganizado por el despilfarro y los privilegios de la burocracia. ¡La red está demasiado agujereada para que nadie se arriesgue a dar el salto! La gente prefiere hacer el equilibrista e "ir a la suya" del mejor modo posible.

Añadamos una causa secundaria pero que no deja de ser importante —si bien lo es más en la Europa del Este que en la propia Unión Soviética. Hay un desfase entre la realidad y la estadística porque a los circuitos paralelos de las mercancías les corresponde una importante cantidad de trabajo. El ritmo lento del trabajo en las grandes empresas se debe, en parte, al hecho de que muchos trabajadores cualificados realizan trabajos suplementarios al volver a su casa.

Dicho esto, hay que insistir una vez más en que esta clase obrera, con sus cualificaciones, con su elevado nivel de cultura, con su manifiesto deseo de perfeccionar sus capacidades técnicas, está profundamente frustrada por su falta de participación real en la gestión del Estado y la economía. Las escasas y modestas reformas introducidas en el curso de la década del sesenta, veían limitado su objetivo a la consecución de una cierta cogestión en cuestiones sociales, como las normas de trabajo y los salarios. Se trata de una cogestión entre la dirección sindical —o sea, una fracción de la burocracia— y los directores de empresa, y no entre éstos y los afiliados a los sindicatos, lo que sería muy distinto porque conduciría, como en los años 20, a una forma indirecta de participación de la clase obrera en el ejercicio del poder.

¿A qué se debe que hasta ahora no se hayan producido más manifestaciones de protesta del proletariado soviético contra este estado de cosas que debe resultar cada vez más insoportable? Yo creo que hay múltiples razones. La primera, es la ausencia, de un modelo de recambio, es decir, el escepticismo ideológico y político que, al parecer, es extremadamente agudo. La clase obrera soviética se ha visto profundamente decepcionada por el giro tomado por la Revolución de Octubre, a partir de la degeneración estalinista, hacia un modelo de dirección social que no la favorece en absoluto. Y no conoce otro modelo. No hay cuadros en su seno que puedan defender otro modelo de gestión. Evidentemente, el exterminio radical de todas las tendencias comunistas disidentes llevado a cabo por Stalin tuvo un efecto realmente desastroso. Ante la ausencia de un verdadero modelo, de una verdadera alternativa, se produce un repliegue hacia la vida privada, hacia las reivindicaciones inmediatas, hacia el aumento del nivel de vida e incluso hacia la promoción social por medio de la cualificación. Este es el elemento, digamos, negativo de esta carrera por la cualificación, pero no por ello podemos eliminarlo de nuestro análisis. Todos estos repliegues son prácticamente inevitables.

La segunda razón, negada en medios revisionistas pero, en mi opinión, muy cierta, es la existencia indiscutible de un progreso en el nivel de vida y en las condiciones de trabajo de los trabajadores soviéticos: este progreso, casi constante desde la muerte de Stalin, es decir desde hace veinticinco años, ha producido lo que podríamos denominar un talante más reformista que revolucionario en el seno de la clase obrera. Es decir, puede producirse una protesta pasajera acerca de una cuestión determinada, por ejemplo, la escasez de alimentos o una represión particularmente dura. Pero, normalmente, los trabajadores soviéticos confían más en mejorar su posición ejerciendo una presión en el marco del régi-

men que contestándolo globalmente. Es la combinación de estos dos elementos lo que, en mi opinión, explica la actual pasividad política de la clase obrera. Haría falta un detonador suplementario: una victoria revolucionaria en Occidente; el reconocimiento de una oposición política más articulada y eficaz en los medios no obreros de la Unión Soviética que consiguiese establecer un contacto y un diálogo con la clase obrera; divisiones profundas y explosivas en el seno de la burocracia; nuevas crisis más explosivas en la Europa del Este. Se podrían añadir otras eventualidades, pero en todo caso haría falta algún detonador suplementario para modificar la situación. Resta una gran incógnita: qué piensan los jóvenes trabajadores soviéticos, cómo ven su sociedad. Me refiero a los trabajadores que han ido saliendo de las escuelas técnicas y profesionales en los últimos cinco o seis años, que no han conocido a Stalin ni la desestalinización, ni siquiera la ocupación de Checoslovaquia (que ha sido la última gran crisis interna del sistema de dominación de la burocracia). El despeje de esta incógnita puede producir auténticas sorpresas, pero no sería razonable formular excesivas esperanzas a corto plazo en este sentido.

– Teniendo en cuenta el papel que juega el Estado, en particular en la economía, como tú mismo has señalado, y teniendo en cuenta también lo que habría que calificar de atomización de la clase obrera, ¿puede afirmarse que la burocracia, con su acumulación de poderes en el dominio económico, social y político, se ha convertido en una instancia exterior a la clase obrera?

– Si por burocracia entendemos exclusivamente las capas que ocupan la cima de la jerarquía, es evidente que las relaciones de filiación con la clase obrera, en el sentido psicológico y social del término, resultan cada vez más difíciles de demostrar. Se trata, en este caso, de una filiación puramente histórica, ¡y aún! El único elemento que subsiste de la definición de Trotsky ––elemento, para mí, decisivo–– es el modo de remuneración, es decir, el hecho de que la burocracia, al no ser propietaria de los medios de producción, participa en la distribución de la renta nacional exclusivamente en función de la remuneración de su fuerza de trabajo, que si bien incluye muchos privilegios no es cualitativamente diferente de la forma de remuneración salarial. Aún admitiendo que esta definición sea satisfactoria para los teóricos, sobre todo para los teóricos marxistas, que conceden una importancia clave a los fenómenos económicos, desde un punto de vista psicológico y pedagógico no es nada convincente. Explicar que la burocracia es una burocracia obrera solamente por el hecho de que quienes cobran veinte veces más que un obrero lo siguen haciendo bajo una forma salarial, es un argumento muy abstracto. Aunque, insisto en ello, habría que ver cuáles son las consecuencias de esta forma de argumentar. Lo esencial de esta definición es que implica la afirmación de que el día que la burocracia dispusiese de rentas provenientes de la propiedad dejaría de ser una burocracia obrera.

Pero esta definición restrictiva de la burocracia es muy arbitraria y por consiguiente falsa. No es la definición de Trotsky, a pesar de lo que pretenden algunos de sus críticos. Esta definición es absolutamente incapaz de dar cuenta de la realidad de la dominación de la burocracia. Si realmente la burocracia se redujese a estos centenares de miles de individuos, en el mejor de los casos, por no decir menos ––a esas decenas de miles de individuos––, difícilmente se explicaría el enorme control que continúa ejerciendo sobre el conjunto de la sociedad, ya que lo que fue en tiempo de Stalin el principal instrumento de este control, es decir, el Permanente terror a perder la vida ––no solamente la libertad, también la vida–– ya no existe, como es obvio, en el mismo grado. Pero si en la noción de burocracia incluímos –lo que a mí me parece justo– a todas las capas privilegiadas, sea cual sea su categoría, de la sociedad soviética, entonces nos encontramos ante un grupo de millones de personas, seguramente cinco o diez millones, si no más, en el que habría que incluir a la burocracia sindical; al cuerpo de oficiales del ejército, no solamente mariscales y generales, sino también tenientes; a toda la jerarquía de la producción, no solamente a los directores, sino también a los ingenieros; a la gran mayoría de la intelligentsia, no solamente a los profesores, que están peor pagados que los obreros y que no tienen privilegios materiales. Si aplicamos este criterio, justo, entonces las premisas del razonamiento desaparecen. Es absolutamente cierto que en este sentido amplio y real del término burocracia, una gran parte de los actuales burócratas son no solamente hijos de obreros, sino antiguos obreros ellos mismos, y que en este sentido, lo que he dicho antes acerca de la movilidad vertical subyacente a la clase obrera, con sus aspectos negativos si se quiere, este deseo de aprender y de cualificarse que tiene, es esencialmente una movilidad de la clase obrera hacia la burocracia. Se puede afirmar que una de las principales armas que la burocracia ha utilizado para mantener su dictadura ha sido precisamente esta movilidad, es decir, el hecho de promover socialmente a sectores obreros, cosa que el régimen capitalista no está en condiciones de hacer.

En el régimen capitalista, lo más que se le pue-

de ofrecer a un obrero es una posición intermedia entre el proletario y el capitalista. No tiene nunca la posibilidad de convertirse en jefe de una gran empresa. En la Unión Soviética, la particular estructura de la sociedad permite a la burocracia absorber a hijos de obreros y a algunos obreros en el aparato. No diré que hasta la cima, pero sí a posiciones que son mucho más elevadas que las posiciones de las llamadas clases medias en los países capitalistas avanzados.

Hay un problema sociológico real muy interesante ligado a esta cuestión y cuyo análisis es mucho más útil que todas estas querellas semánticas: se trata del problema de saber si la movilidad vertical, después del gran período de los planes quinquenales, o sea, de la industrialización, y después de las perturbaciones de la segunda Guerra Mundial y de la desestalinización, ha seguido funcionando en los últimos quince años del mismo modo que antes, o si ha empezado a sufrir una retracción, sobre todo a partir de determinado nivel jerárquico. A este respecto, hay testimonios interesantes, si bien no disponemos de datos estadísticos, por lo menos de datos que yo conozca. Concretamente, todo lo relacionado con el acceso a los estudios universitarios, todo lo relacionado con la exigencia de títulos universitario para acceder a posiciones que están más allá de cierto nivel en prácticamente todas las capas de la burocracia, suscita enormes pasiones.

En la medida en que la burocracia, a pesar de su inmenso poder, ve bloqueada la vía de acceso a la propiedad privada que le permitiría garantizar sus privilegios, trata de transmitirlos a sus propios hijos asegurándoles el acceso a sus propias funciones por medio del acceso a los títulos universitarios. Pero ello introduce una fuente de conflictos sociales profundos. La lucha por acceder a la universidad se ha convertido en una lucha social intensa. Esto está incluso reflejado en algunas obras literarias: el día de la proclamación de los resultados de los exámenes de ingreso en la universidad es un día de verdadera tensión social en todas las ciudades universitarias de la Unión Soviética. Las acusaciones de corrupción, soborno, nepotismo, etc., que lanzan en este momento los obreros y las masas populares, son mucho más violentas que las acusaciones contra la dificultad de acceder a la gestión de las empresas, porque se trata de un aspecto más tangible, más fenomenológico, más inmeditamente visible de los privilegios de la burocracia, y porque de este modo se bloquea lo que hasta aquí ha sido el mecanismo compensatorio esencial, es decir, la cualificación que posibilita el acceso a la movilidad vertical.

Por eso, es previsible que en el futuro se produzcan reacciones y conflictos cada vez más violentos. Esto demuestra una vez más que la burocracia puede tratar de cortar el cordón umbilical que la une a su pasado, a la clase obrera y a la ideología marxista. Pero una cosa es que trate de hacerlo y otra que lo consiga. Es un fenómeno que está en curso, que no ha concluído y que evidentemente puede suscitar reacciones muy violentas.

– A partir del momento en que el núcleo central en torno al cual se articula el poder tiende a ser cada vez más exterior a la clase obrera, que se ve expropiada de sus derechos políticos, ¿qué sentido tiene mantener la expresión "Estado obrero"?

– Tengo que decir que, salvo en muy escasas ocasiones, en nuestro movimiento, el calificativo de Estado obrero hace cuarenta años que apenas se usa. Nosotros hablamos de Estado obrero burocráticamente degenerado a burocratizado, ¡lo cual es muy distinto! Trotsky usaba la metáfora de un automóvil averiado que chocaba contra un muro. La dificultad proviene, en este caso, de la diferencia entre la ciencia y la pedagogía. La fórmula "Estado obrero burocratizado" se refiere a criterios de la teoría marxista del Estado. Para el marxismo, no existe ningún Estado por encima de las clases. El Estado está al servicio de los intereses históricos de una clase social determinada. Si se prescinde de la palabra "obrero", sólo se la puede sustituir por otras dos palabras: o bien un Estado burgués, o bien el Estado de una burocracia que se ha convertido en una nueva clase dominante. Ya hemos indicado antes que estas dos posibilidades eran absolutamente falsas y mucho más confusionistas e irracionales que la de Estado obrero. Citaré un solo ejemplo. Si se admite que la burocracia es una nueva clase, ¿los partidos comunistas que están en el poder son partidos burocráticos? La lucha de clases en los países capitalistas, ¿es acaso una lucha de clases triangular entre la clase obrera, la burguesía y la burocracia? ¿O es que la burocracia es la única clase de la historia que se convierte en una clase sólo cuando toma el poder. ¿Acaso el partido comunista chino, que era un partido obrero ––u obrero y campesino, no importa–– hasta el día en que tomó el poder, se convirtió en un partido burocrático tras la toma del poder? Este tipo de consideraciones conducen a conclusiones absurdas, a la incomprensión de la realidad mundial actual y a la imposibilidad de orientarse en la lucha de clases de cada día a escala mundial. Todo lo cual es infinitamente más grave que la desventaja pedagógica o pragmático-política de utilizar el adjetivo obrero aplicado al estado soviético. Dicho todo esto, cuando Trotsky y la IV Internacional afirman que en la Unión Soviética hay un Estado obrero burocráticamente degenerado y que, en este sentido, es una forma de

la dictadura del proletariado, lo dicen de una manera muy precisa y no quieren decir más de lo que dicen. Objetivamente, este Estado continúa defendiendo la estructura o las relaciones de producción híbridas nacidas de la victoria de la Revolución de Octubre. Hasta ahora, pues, este Estado ha bloqueado la restauración del capitalismo, del poder de una nueva clase burguesa, la reaparición de la propiedad capitalista, de las relaciones capitalistas de producción.

Este es el sentido en el que nosotros empleamos el calificativo "obrero". Sentido que, evidentemente, tiene un significado muy histórico y que se clarifica cuando se compara con otros sistemas, con otras situaciones de transición.

Tomemos un ejemplo histórico particularmente revelador. Si hacemos un balance de lo que, un poco a la ligera, se ha llamado época de la monarquía absoluta, es indiscutible que se trata al mismo tiempo, en gran parte de Europa, de la era de la acumulación primitiva del capital, del desarrollo de la joven burguesía, de su fortalecimiento, es decir, la época preparatoria de la revolución burguesa. Sin embargo, si enfocamos el problema desde otro punto de vista, desde el punto de vista de lo que subsiste de la aristocracia semifeudal, es absolutamente indiscutible que el absolutismo ha salvado y permitido la permanencia de esta clase decrépita y degenerada por lo menos durante dos siglos, si no más. Lo ha hecho de una manera extraordinariamente sencilla: las rentas puramente territoriales de la nobleza feudal disminuían cada vez más; para permitirle mantener su tren de vida; la monarquía absoluta sirvió como una inmensa fuente de recursos financieros para extraer rentas de otras clases sociales, sobre todo del campesinado y de la burguesía, y transferirlas en forma de prebendas a la nobleza cortesana. Así, pues, se puede afirmar que el Estado de la monarquía absoluta es un Estado semifeudal que defiende los intereses históricos de la aristocracia. Interpretar éste en el sentido de decir que se trata de una defensa de los nobles feudales tal como eran o tal como querían ser —no ya en el siglo XII, sino en el XVI o en el XVII— sería evidentemente absurdo. Al contrario, este Estado aplastó las frondas (revueltas) de los nobles, en toda Europa, con una severidad y una violencia sólo comparables, salvando todas las distancias, a la represión antiobrera de la burocracia soviética.

Por consiguiente, entre el hecho de mantener cierto número de estructuras socio-económicas que históricamente están ligadas a los intereses de una clase social, y la defensa de los intereses inmediatos, cotidianos, de una clase social en el sentido de defender el lugar que ella misma se asigna en la sociedad, hay una gran diferencia. Por esta razón, nuestra definición de la Unión Soviética como un Estado obrero burocráticamente degenerado es a la vez histórica y teóricamente correcta.

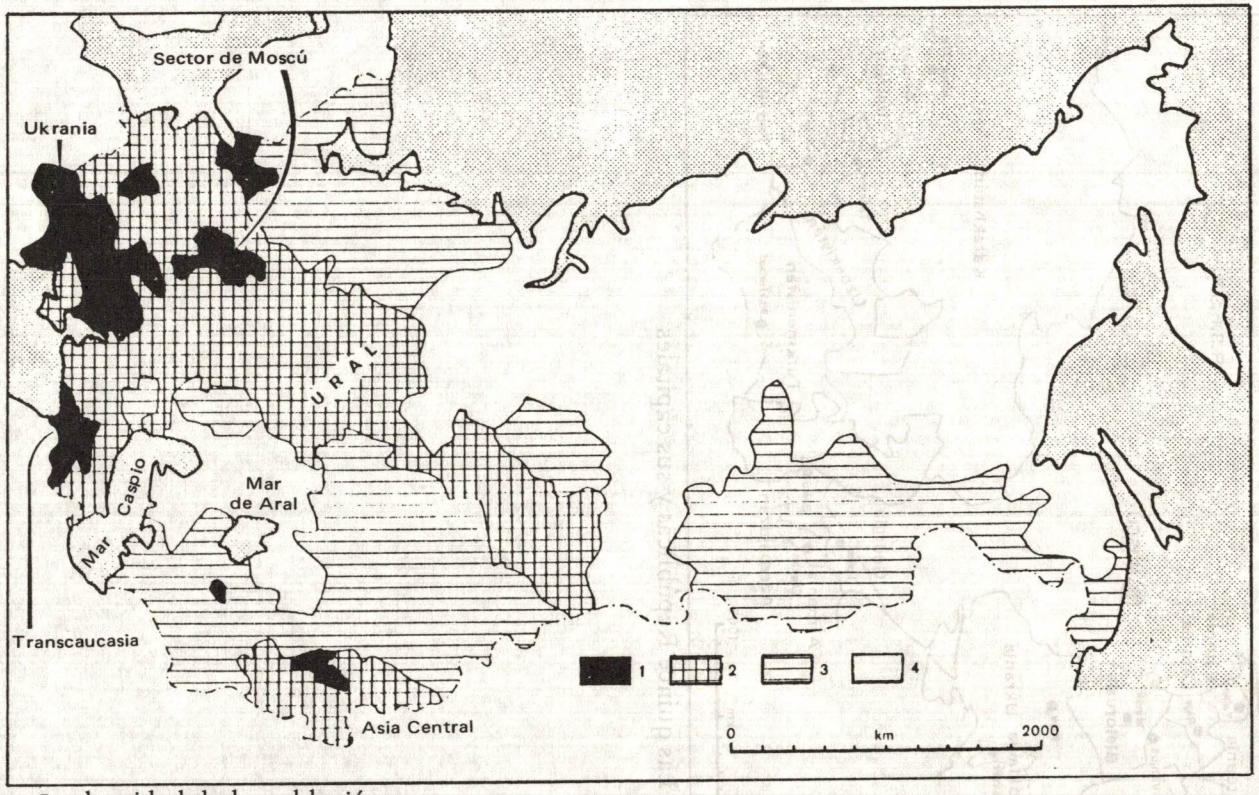
Pero también es cierto que es una definición difícil de comprender y de asimilar por quienes en vez de abordar el problema con estos criterios, se limitan a usar su sentido común. Evidentemente, para el sentido común, es absurdo decir que en la Unión Soviética se da la dictadura del proletariado, ya que la inmensa mayoría del proletariado no ejerce, no ya ninguna dictadura, sino ninguna forma de poder. Pero si dictadura del proletariado se asimila a "gobierno directo de la clase obrera", es evidente que no existe tal dictadura. Para nosotros, por supuesto, sólo existe en el primer sentido, derivado, indirecto, socio-teórico, del término. Eso es todo.

Esta querella también me parece puramente semántica y poco interesante, ya que si abandonamos las etiquetas, y echamos mano de los circunloquios, que son mucho más detallados, mucho más matizados, nos encontramos de nuevo frente a los verdaderos problemas, que no son precisamente problemas de etiquetación. ¿Cuál es el lugar de la burocracia en la sociedad soviética? ¿Acaso es el de una clase dominante? ¿De qué medios se vale la burocracia para estabilizar definitivamente su poder y sus privilegios? ¿Acaso son los mismos que utiliza una clase dominante? ¿Qué posibilidades tiene la clase obrera de modificar su situación? ¿Hace falta llevar a cabo una inversión total del sistema económico o basta con modificar el sistema de poder, lo que ciertamente implicaría considerables consecuencias económicas, sin ser por ello una revolución social?, etc.

Cuando abordamos las cosas desde un punto de vista más concreto, más específico, más preciso, no desaparecen las divergencias. Al contrario, es entonces cuando realmente se revelan en su verdadero significado. No se trata de divergencias de etiquetación, terminológicas o conceptuales, sino de divergencias de interpretación de los aspectos contradictorios de la sociedad soviética y de las conclusiones políticas que se extraen del juicio que merecen estos fenómenos.

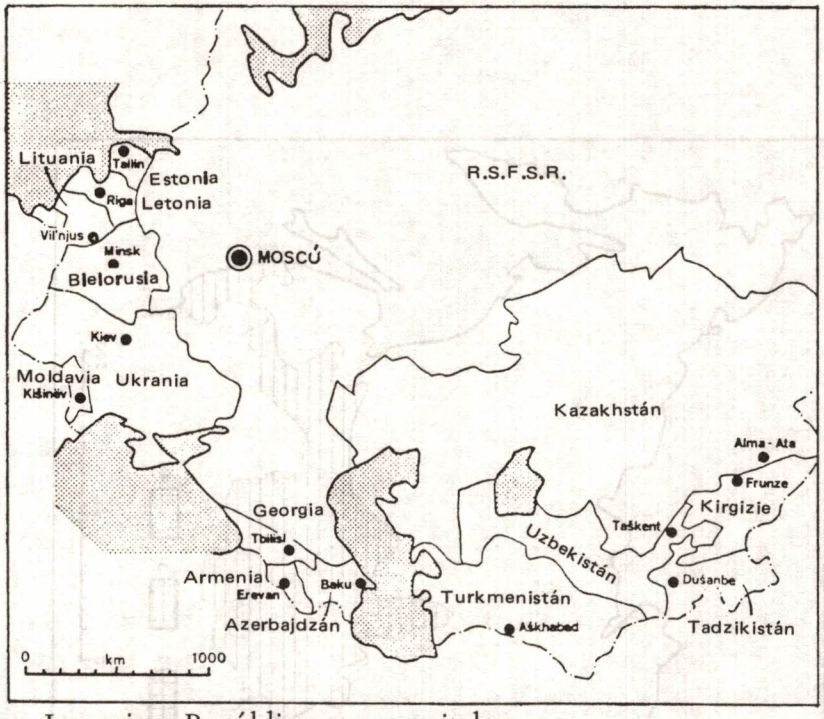
— Hay otra cuestión, relativa al grado de autonomía del aparato de Estado y a las consecuencias que de ello se deducen, una cuestión que desgraciadamente no está de actualidad. Me refiero a la naturaleza de la necesaria revolución antiburocrática que se debe llevar a cabo en la Unión Soviética. ¿No sería preferible insistir más en el contenido de esta revolución antiburocrática que en la expresión "revolución política", que se puede prestar a muchas ambigüedades?

– Yo creo que la ambigüedad no reside en la expresión "revolución política". La ambigüedad reside en la particularidad de una revolución política en un Estado obrero que, por definición, y aunque esté burocratizado, es un Estado que detenta un peso económico tan extraordinario que incluso una revolución política "puramente política" —lo que, por otra parte, es un concepto absurdo— tendría efectos socio-económicos infinitamente mayores que los de una revolución política burguesa. Esta, en el mejor de los casos, se limita a sustituir en el poder a una fracción de la burguesía por otra, sin apenas modificar ni el sistema de la propiedad privada, ni la competencia capitalista, ni la explotación de la clase obrera. En mi opinión, la mejor definición de la revolución política es la que simplemente dice: es la apropiación de la gestión del Estado, de la economía y de todas las esferas de la actividad social por la masa de los productores y de las clases trabajadoras, bajo la reforma del poder de los consejos obreros, de los soviets, democráticamente elegidos. La expresión "expulsión de la burocracia de los soviets" es una expresión ambigua, porque depende de la extensión que se dé a la noción de burocracia, lo que puede implicar el riesgo de limitar una vez más la libertad de elección, la libertad política de los trabajadores. Creo que esta libertad no debe estar sometida a ninguna limitación. Los trabajadores deben ser libres, como dice el Programa de transición, de elegir en los soviets a quien quieran, sin limitaciones ni exclusiones de ningún tipo. Ello implica la pluralidad de partidos, el establecimiento de libertades políticas y personales mucho más amplias de las que ha tenido nunca la Unión Soviética, salvo en el período inmediatamente posterior a la revolución de Octubre. Implica también, entre otras cosas, la experimentación de toda una serie de nuevas formas de ejercicio del poder. Poco importa que se hable o no de "desmantelar" el aparato de Estado. No es posible concebir la autogestión, por muy democráticamente centralizada y planificada que sea, sin desmantelar una buena parte del aparato de Estado.



La densidad de la población

Número de habitantes por kilómetro cuadrado. Media de la URSS: 10.
1.- Más de 50; 2.- De 10 a 50; 3.- De 2 a 10; 4.- Menos de 2.



Las quince Repúblicas y sus capitales

¿Hay una clase dominante en la URSS?*

Las respuestas a esta pregunta que se ofrecen con mayor frecuencia pueden ser divididas en dos categorías principales, cada una de ellas abarcando una serie de variantes. La primera sostiene que efectivamente existe una clase dominante en la URSS, aunque no hay acuerdo general sobre su naturaleza y atributos. Algunos dicen que se trata de una clase capitalista, básicamente parecida a las clases dominantes en los países capitalistas desarrollados aunque con algunas diferencias respecto de éstas en aspectos y grados relativamente secundarios. Hay otros que sostienen que existe una clase dominante pero que es de un nuevo tipo, diferenciándose en cuestiones esenciales de las clases dominantes conocidas hasta el presente. La segunda categoría principal de respuestas sostiene que no hay una *clase* dominante en la URSS, aduciéndose en lugar de ello que el poder del Estado se halla en manos de una "burocracia", aunque tampoco aquí existe consenso sobre el significado del término.

Mi argumentación irá en el sentido de favorecer la tesis de que existe una clase dominante en la URSS y de que ésta es de un nuevo tipo. Utilizaré como punto de referencia de mi exposición un examen de la original y más conocida de las teorías de la burocracia, la de Trotsky y sus seguidores (1). Debo añadir de inmediato, no obstante, que lo que sigue no es más que una aproximación preliminar a un análisis serio del conjunto de la "problemática" de la clase dominante soviética, que dejo para otra ocasión. Pero ante todo es necesario establecer con claridad las premisas de la *existencia* de tal clase, y en mi opinión la forma más útil de demostrarlo es a través de una crítica de la teoría —que se remonta a los primeros tiem-

(*) Artículo publicado en el número de Julio/Agosto de 1979 de la *Revista Mensual.*

(1) Mi interpretación de esta teoría procede en parte de más de cuarenta años de interés y participación activa en discusiones y debates sobre la interpretación de la experiencia soviética, y, más específicamente, de tres publicaciones: (1) L. Trotsky, *The revolution betrayed* (1937) (las citas corresponden a la edición de Ed. Fontamara, *La Revolución traicionada,* Barcelona, (1977); (2) L. Trotsky, "The U.S.S.R. in war", *The New International,* noviembre de 1939; y (3) Ernest Mandel, "The nature of the soviet State", *New Left Review,* No. 108 (marzo-abril 1978).

pos del Estado soviético– de que dicha clase no existe ni podría existir sin la previa restauración de la propiedad privada de los medios de producción.

Subyacente a la teoría trotskysta se halla una versión de la teoría marxista del Estado de amplia aceptación en los tiempos de la Revolución Rusa y que realmente puede considerarse como un elemento establecido de la doctrina bolchevique, en esa época y con posterioridad. Esta versión de la teoría marxista, esquemáticamente, postula una sociedad con una estructura de clases perfectamente desarrollada; las clases se distinguen por sus diferentes relaciones respecto de los medios de producción y se hallan definidas por un sistema de propiedad que da a la sociedad una estructura legalmente sancionada y que puede ser impuesta por la ley; la función primera y decisiva del Estado consiste en mantener y proteger este sistema de propiedad, lo que equivale a decir que el Estado es el instrumento de la clase o clases detentadoras de propiedad para salvaguardar la estructura social de la cual son beneficiarias (2).

De esta teoría del Estado se sigue de forma lógica una determinada teoría de la revolución. La clase –o clases– propietarias de los medios de producción explotan a la clase –o clases– que no detentan propiedad, y están en condiciones de hacerlo así a causa de su control del Estado en tanto que instrumento de coerción y represión. Una revolución, por tanto, es un acto de la clase explotada (o de una alianza de clases explotadas) para hacerse con el poder del Estado e instaurar un nuevo sistema de propiedad, expropiando a los antiguos propietarios y depositando la propiedad en manos de la clase –o clases– revolucionarias triunfantes. Esta última –o, si se trata de más de una, la dominante dentro de la alianza de clases revolucionarias–, se convierte ahora en la nueva clase dominante.

Esta teoría, aplicada a la revolución burguesa, concebía la oposición contra la clase feudal dominante y su Estado como una alianza entre la burguesía ascendente por un lado, y, por otro, el campesinado y el naciente proletariado oprimidos, siendo la burguesía claramente el elemento dominante en la alianza. La revolución derrocó al feudalismo, expropiando a la nobleza y sustituyéndola por la propiedad privada burguesa de los medios de producción (especialmente, la tierra), siendo el nuevo Estado el garante del aho-

(2) Para una exposición más completa de esta versión de la teoría marxista del Estado, véase P. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista* (F.C.E., México, 1945), capítulo 13. Debo señalar, sin embargo, que en mi libro se presenta, al menos como implicación, como una teoría específicamente aplicable al capitalismo avanzado y no como una teoría universal del Estado.

ra triunfante modo de producción e intercambio capitalista. La esencia de la revolución burguesa, en otras palabras, fue la sustitución de un sistema de propiedad (feudal) por otro (burgués).

Es probablemente razonable afirmar que la gran mayoría de marxistas de los años que preceden a 1917 suscribían esta teoría. Hacerla extensiva a la siguiente revolución, la revolución proletaria que marcaría el comienzo de la nueva sociedad socialista, era a la vez lógico y fácil (3). El proletariado, en tanto que clase revolucionaria, se haría con el control del Estado (de forma pacífica según los reformistas, de forma violenta según los revolucionarios) y expropiaría a la burguesía y a los grandes terratenientes. No obstante, puesto que era imposible plantearse la división de los medios de producción entre los trabajadores individuales, el nuevo sistema de propiedad tendría que ser necesariamente colectivo. Y puesto que la única institución que representaría al conjunto de la clase obrera sería el nuevo Estado, lo anterior significaba que la antigua propiedad privada de la burguesía pasaría a ser propiedad del Estado. De esta forma, el proletariado se convertiría en la nueva clase dominante con su propio Estado, a través del cual pasaría a ser el propietario de los medios de producción. El desarrollo del socialismo podría producirse, así, sobre estos fundamentos.

La Revolución Rusa pareció ajustarse a esta teoría. El partido bolchevique, ciertamente un partido obrero, se hizo con el control del Estado en nombre del proletariado, expropió a la burguesía (incluídas las propiedades de los capitalistas extranjeros), agrupó los sectores dominantes de la economía (la industria urbana en gran escala, los transportes, la banca) en un sector de propiedad estatal más o menos unificado y proclamó la instauración de una sociedad socialista. Desde luego, el carácter de la revolución en el campo, donde vivían aproximadamente las cuatro quintas partes de la población, fue bastante diferente: las fincas expropiadas a los grandes terratenientes fueron parceladas en millones de propiedades campesinas individuales, quedando fuera del control del Estado y en gran parte impermeables a la influencia del proletariado. Pero la participación de los campesinos en el poder político fue desde un principio limitada, y no duró excesivamente. La cuestión del papel que les tocaría jugar en el futuro, aparecía,

(3) Esto no equivale a decir que no existieran graves diferencias entre los marxistas, en ese período, en torno a la teoría del Estado. Pero estas diferencias no hacían referencia al papel de las clases y el lugar central del sistema de propiedad, sino más bien al hecho de si la clase revolucionaria podía hacerse con el Estado existente y utilizarlo para sus propósitos (tesis de los reformistas) o tendría que destruir el Estado existente y sustituirlo por otro nuevo (tesis de los revolucionarios). No hay duda de que, como Lenin probó concluyentemente en *El Estado y la Revolución*, el propio Marx sostenía la tesis revolucionaria, lo que explica por qué él, y en general los bolcheviques, aplicaron la etiqueta de "revisionistas" a aquellos que se adhirieron a la tesis reformista. Pero esta discusión, a pesar de su prominencia y encarnizamiento, no debe oscurecer el acuerdo de largo alcance entre las dos fracciones sobre el sentido básico de la revolución en tanto que la sustitución de un sistema de propiedad por otro.

por tanto, más bien como un problema de la nueva sociedad socialista que como un síntoma del carácter no socialista de la misma.

La concepción trotskysta de la Unión Soviética estaba –y está– firmemente enraizada en esta teoría del Estado y la revolución. No obstante, hay un problema que surgió bastante pronto y que puso en duda su validez. La teoría marxista había mantenido sistemáticamente que, en una sociedad de clases, cualquier gobierno, independientemente de su forma específica, es en lo esencial una dictadura de la clase dominante sobre las clases dominadas, y ello no sería menos cierto en una sociedad socialista en la que las clases subsistirían necesariamente por un largo período, siendo la no existencia de clases una característica, no del socialismo, sino del estadio superior del comunismo. Este es el origen de la teoría de la dictadura del proletariado en tanto que régimen de transición que se instalaría en el poder con la revolución y presidiría la transición del socialismo al comunismo. Pero, la totalidad de los marxistas, con anterioridad a la Revolución Rusa, no sólo estaban de acuerdo sino que insistían en que este régimen, aunque dictatorial en relación con las antiguas clases explotadoras, sería para los trabajadores, una democracia del más amplio estilo, un régimen mucho más democrático que la más liberal de las democracias burguesas. Los trabajadores accederían a todos los derechos y libertades civiles proclamados por las revoluciones burguesas pero en la práctica confinados hasta entonces, en gran parte, a los miembros de la propia burguesía. En realidad, únicamente a través del ejercicio de tales derechos y libertades podrían los trabajadores transformarse a sí mismos en nuevos seres humanos capaces de construir una nueva sociedad.

El hecho de que no surgiera en el período inmediatamente posterior a la Revolución de Octubre una democracia obrera de estas características constituyó ciertamente para muchos una decepción; al mismo tiempo, no obstante, era relativamente fácil de explicar debido a las condiciones extremadamente difíciles de la guerra civil y el derrumbe económico que caracterizaron los años 1917-1921. El propio Trotsky fue uno de los líderes bolcheviques que aprobó y participó en la represión de aquellos años, represión que en absoluto fue dirigida en su totalidad contra reaccionarios y contrarrevolucionarios. Pero

con el fin de la guerra civil y el retorno a unas condiciones económicas más normales, la teoría implícita debería claramente haber llevado a esperar una difusión y fortalecimiento graduales de las instituciones y prácticas democráticas entre los trabajadores, quienes, recuérdese, se suponía que constituían ahora la clase dominante.

Pero ello no ocurrió. Por el contrario, las muy reales semillas de democracia obrera que se sembraron y empezaron a extender con anterioridad a y durante la revolución, los sindicatos, las organizaciones de partido, los soviets locales entraron ahora en un período de declive que, con altibajos, ha continuado hasta el presente. Estas organizaciones, en la forma en que han sobrevivido, están rígidamente controladas desde la cúspide y son meras ejecutoras de las decisiones que se toman a nivel de Comité Central y de Politburó; los propios obreros, que constituyen ahora más del 60 por ciento de la población activa en comparación con menos del 15 por ciento en 1914, no tienen derechos de autoorganización o autoexpresión y, naturalmente, el más basico de los derechos del trabajador, el derecho a la huelga, está totalmente prohibido.

Tal situación presenta un desafío fundamental a la teoría del Estado y la revolución esbozada más arriba. Si el proletariado es la nueva clase dominante en la URSS, ¿Cómo es posible que no tenga participación alguna en la decisión sobre quién ocupa las posiciones de poder en el partido y en el gobierno? ¿Cómo se entiende que no posea organizaciones propias? ¿Cómo es que se halla totalmente privado inclusive de cualquier tipo de canales o métodos de discusión y debate, no digamos ya de decisión, sobre los grandes temas de la política, la economía y la política exterior que conforman su vida y determinarán su futuro?

Es aquí donde la teoría trotskysta de la burocracia entra en escena. Su premisa fundamental es que las condiciones *objetivas* que prevalecían en Rusia después de la revolución eran tales que hacían imposible la asunción directa del poder por parte del proletariado, y no sólo por unos cuantos años sino por un considerable período de tiempo. La más importante de estas condiciones objetivas, y que subyace a todas las demás, era el estado subdesarrollado

de las fuerzas productivas, que implicaba un bajo nivel de educación y de cultura, especialmente para las clases oprimidas, y, ante todo, un estado universal de escasez. Fue aquí, en este estado universal de escasez, donde Trotsky situó el caldo de cultivo del "burocratismo".

> Si la tentativa primitiva (en el período inmediatamente posterior a la toma del poder) –crear un Estado libre de burocracia–, tropezó, en primer lugar, con la inexperiencia de las masas en materia de autoadministración, con la falta de trabajadores cualificados adictos al socialismo, etc., no tardarían en dejarse sentir otras dificultades posteriores. La reducción del Estado a funciones "de censo y de control", mientras que las funciones coercitivas debían debilitarse sin cesar, como lo exigía el programa del partido, suponía cierto bienestar. Esta condición necesaria faltaba. El socorro de Occidente no llegaba. El poder de los soviets democráticos resultaba molesto y aún intolerable cuando se trataba de servir a los grupos privilegiados más indispensables para la defensa, para la industria, para la técnica, para la ciencia. Una poderosa casta de especialistas del reparto se formó y se fortificó gracias a la maniobra nada socialista de quitarle a diez personas para darle a una. *(La revolución traicionada,* Ed. Fontamara, Barcelona, 1977, págs. 76-77. Versión castellana del propio Trotsky.)

Esta "casta de especialistas" era, naturalmente, la burocracia. Creció y consolidó su poder con la recuperación y la expansión de la economía soviética, y su dominio en la sociedad soviética quedaba asegurado como mínimo hasta que las condiciones que habían hecho posible su ascenso fueran alteradas de forma fundamental, es decir, hasta que el proletariado hubiera adquirido las cualificaciones necesarias para gobernarse a sí mismo y hasta que la condición de escasez universal hubiera sido sustancialmente mitigada. Incluso cuando llegara ese momento –tema sobre el que en seguida volveremos– la burocracia no abdicaría voluntariamente de su poder, sino que tendría que ser desplazada por una segunda revolución. Esta segunda revolución, no obstante, no sería una revolución social en el sentido de las revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII o de la revolución de 1917 en Rusia, puesto que no implicaría un cambio en el sistema de propiedad. Por el contrario, conferiría al sistema de propiedad establecido por la Revolución de Octubre su significado real. El proletariado, que había realizado la revolución y reemplazado la propiedad privada de los medios de producción por la propiedad del Estado, entraría en escena por primera vez como clase dominante activa y consciente que no necesitaría ya los servicios del tutor burocrático que, de forma oportunista, ha-

bía asumido el trabajo de gestionar los asuntos del proletariado, transitoriamente incapacitado, y se había arrogado para sí, en ese proceso, todo tipo de arrogancias y privilegios. La segunda revolución, en otras palabras, consistiría en el cumplimiento y no en la negación de la primera.

Una teoría atractiva, no hay duda; con el mérito especial de que permitía a sus partidarios mantener la teoría del Estado y la revolución de la que habían partido sin necesidad de recurrir a los engaños y fraudes de la ideología oficial soviética. Pero sufre de ciertos defectos que, gracias a los conocimientos que confiere la perspectiva histórica, creo que pueden percibirse en la actualidad no sólo como graves sino funestos.

En primer lugar, nos encontramos con la evidencia de que cuanto más dura la pretendida dominación de la burocracia tanto menos convincente es la teoría trotskysta sobre su naturaleza esencial. La noción de una clase dominante que nunca llega a ejercer su dominio sino que debe someterse siempre a los malos tratos y extorsiones de un régimen tutelar de burócratas tiene escaso sentido. O bien se produce la segunda revolución y demuestra lo acertado de la teoría, o, si aquella no llega, será preciso abandonar la teoría y poner otra en su lugar. Aplazando por un momento la cuestión de la posible naturaleza de esta teoría alternativa, debemos hacer notar, y realmente subrayar, que esta conclusión está en completo acuerdo con el pensamiento del propio Trotsky, quien nunca, ni por un momento, creyó que el régimen burocrático en la URSS fuera más que un fenómeno estrictamente transitorio. Las siguientes citas de su artículo de 1939, mencionado en la nota 1, muestran la rotundidad de su pensamiento sobre este punto crucial:

> Científicamente y políticamente... la cuestión se plantea como sigue: ¿Representa la burocracia un tumor transitorio en un organismo social o se ha transformado ya ese tumor en un órgano históricamente indispensable? Las excrecencias sociales pueden ser producto de una maraña "accidental" (es decir, transitoria y extraordinaria)... de circunstancias históricas. (pág. 326).

> Si esta guerra provoca, como creemos firmemente nosotros, una revolución proletaria, debe inevitablemente conducir al derrocamiento de la burocracia en la URSS y a la regeneración de la democracia soviética sobre unas bases económicas y culturales muy superiores a las de 1918. En tal caso, la cuestión de si la burocracia stalinista es una "clase" o un tumor en el Estado obrero se resolvería de forma automática...

Sí, no obstante, se concede que la guerra actual no provocará revolución alguna sino un declive del proletariado, queda entonces otra alternativa: la ulterior decadencia del capitalismo monopolista, su ulterior fusión con el Estado, y la sustitución de la democracia por un régimen totalitario allí donde aquélla todavía existía. La incapacidad del proletariado para tomar en sus manos la dirección de la sociedad podría realmente conducir, bajo estas condiciones, al desarrollo de una nueva clase explotadora procedente de la burocracia fascista bonapartista. Este régimen sería, de acuerdo con todos los datos, un régimen de declive que señalaría el eclipse de la civilización...

La alternativa histórica, llevada hasta sus últimas consecuencias, es la siguiente: o el régimen de Stalin representa una recaída aberrante en el proceso de transformación de la sociedad burguesa en una sociedad socialista, o bien el régimen de Stalin es la primera fase de una nueva sociedad explotadora. Si el segundo diagnóstico demuestra ser correcto, en ese caso, evidentemente, la burocracia se convertirá en una nueva clase explotadora (pág. 327).

La segunda guerra imperialista plantea la tarea pendiente de resolución a un nivel histórico superior. Pone a prueba en forma diferente no sólo la estabilidad de los regímenes existentes, sino también la capacidad del proletariado para sustituirlos. Los resultados de esta prueba tendrán sin duda un significado decisivo para nuestra valoración de la época moderna como la época de la revolución proletaria. Si, contrariamente a todas las probabilidades, durante el curso de la actual guerra, o inmediatamente después, la Revolución de Octubre se muestra incapaz de encontrar su continuación en algunos de los países avanzados; y si, por el contrario, el proletariado se ve obligado a retroceder en todas partes y en todos los frentes, en ese caso sin duda tendríamos que revisar nuestra concepción de la época actual y sus fuerzas motrices. En ese caso, se trataría no de etiquetar burdamente a la URSS o a la banda stalinista, sino de reevaluar la perspectiva histórica mundial para las próximas décadas, cuando no para los próximos siglos: ¿Hemos entrado en la época de la revolución social y la sociedad socialista, o, por el contrario, en la época de la sociedad decadente de la burocracia totalitaria? (pág. 329).

Sería un error considerar estos pasajes como si fueran evaluaciones o análisis teóricos cuidadosamente meditados. Trotsky se hallaba obviamente agitado por el inicio de la guerra. Se aproximaba la hora de la verdad para la URSS y también, tal vez, para él mismo. Trotsky no tenía dudas sobre su resultado: de la misma forma que la Primera Guerra Mundial había dado lugar a la Revolución Rusa, la Segunda Guerra Mundial generaría su continuación, esta vez en el centro geográfico del capitalismo, en el que Trotsky siempre había buscado el apoyo y la guía que posibilitarían a Rusia la superación de su paralizante atraso. La miserable burocracia stalinista se consumiría con seguridad en el crisol de la revolución, y sobre sus cenizas se levantaría un Estado

obrero liberado que cumplimentaría la promesa democrática de 1917.

Este fue el mensaje básico que Trotsky intentó comunicar a sus seguidores. El mismo lenguaje revela su optimismo y confianza. En otro momento del artículo Trotsky incluso llega a preguntarse: "¿No nos colocaríamos en una posición ridícula si aplicáramos a la oligarquía bonapartista la nomenclatura de una nueva clase dominante *justo unos pocos años, o incluso unos pocos meses, antes de su ignominiosa caída?*. ¡La Victoria puede estar más cerca, mucho más cerca, de lo que pueda pensarse! (4).

En este contexto, los funestos presagios sobre lo esperable en caso de que fracasara la revolución deben ser interpretados no como probabilidades, y mucho menos predicciones, sino como aspectos de una exhortación que se dirige a los creyentes para reforzar su preparación y redoblar su compromiso con la causa. Trotsky no fue nunca persona proclive a diferenciar muy nítidamente el análisis científico y la propaganda de agitación, y este es un caso muy claro de la primacía de esta última sobre aquél. No obstante, no hay duda de que la forma en que Trotsky formuló las alternativas revela mucho acerca de su posición teórica fundamental. La abrumadora probabilidad, equivalente a casi una certeza absoluta, se colocaba en favor de una revolución proletaria triunfante. Pero si, "contrariamente a todas las probabilidades", ésta no se produjera, en ese caso el pronóstico era claro y sin ambigüedades: en lo que a la URSS hacía referencia, el régimen de Stalin tendría que ser interpretado como la primera fase de una nueva sociedad explotadora y "en ese caso, evidentemente, la burocracia se convertirá en una nueva clase explotadora". Al mismo tiempo, el mundo en su conjunto estaría entrando en "la sociedad decadente de la burocracia totalitaria". No se mencionaba una tercera alternativa concebible, la continuación del estado de cosas existente, que probablemente nunca llegó ni siquiera a entrar en la cabeza de Trotsky. La URSS, para él, se había situado ante una encrucijada: o se completaba la revolución de 1917, o ésta sería derrotada, desarrollándose sobre sus ruinas una nueva sociedad explotadora.

Sobre este transfondo, sesenta años después de la Revolución de Octubre y más de treinta después de la Segunda Guerra Mundial, la reafirmación de la po-

(4) El subrayado es mío.

sición trotskysta por parte de Ernest Mandel, resulta claramente decepcionante. Mandel repite todos los temas ya familiares, subrayando el lugar central que ocupa el sistema de propiedad estatal de los medios de producción y pretendiendo haber demostrado que "nuestra definición de la Unión Soviética como un Estado obrero burocráticamente degenerado es correcta, tanto histórica como teóricamente" (5).

Mandel no hace alusión a la opinión de Trotsky de 1939 en el sentido de que si la Revolución de Octubre llegara a fracasar en su intento de encontrar su continuación durante o inmediatamente después de la guerra, "evidentemente" la burocracia se convertiría en una nueva clase explotadora. Su forma de sortear este embarazoso problema consiste simplemente en plantear de nuevo la cuestión de la duración del régimen burocrático:

> La cuestión que está por ver es la de si la victoria de la revolución proletaria en los países industrialmente avanzados, es decir, aquellos en los que el proletariado representa ya la absoluta mayoría de la nación, desencadenará –tanto en el interior de estos países como a escala mundial– un proceso capaz de "desburocratizar" la experiencia de las revoluciones proletarias del siglo XX con una rapidez mucho más desconcertante que la misma duración del fenómeno de la burocratización. Aquí, la Historia tendrá la última palabra. En caso de que confirmara que los marxistas revolucionarios han estado abrigando ilusiones sobre este tema, sería necesario entonces extraer conclusiones sobre las más profundas raíces históricas de la burocratización, conclusiones diferentes de las que generalmente se extraen en los análisis de Marx, Lenin, Trotsky y la IV Internacional. Pero es injustificado, impresionista e irresponsable sacar estas conclusiones de forma prematura, antes de que se haya producido la evidencia necesaria... (pág. 31).

Por lo que parece Trotsky fue *muy* prematuro cuando afirmó que estas conclusiones deberían extraerse a partir de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Pero Mandel no ofrece razón alguna para suponer que una prueba más decisiva esté a la vista, en la actualidad o en el futuro previsible. La evidencia simplemente no se ha producido todavía, dice Mandel; y por lo que hace referencia a la teoría parece que nunca se producirá, a menos que, o hasta que, realmente llegue la largamente aplazada segunda revolución.

Concedamos en aras de la argumentación que la Historia no ha dicho todavía la última palabra. No obstante, ¿no debería prestarse mayor atención a lo que ya ha ido diciendo la Historia? Por ejemplo, ¿qué

(5) "On the nature of the soviet State", *New Left Review*, marzo-abril 1978, pág. 43.

decir de las más de tres décadas de supervivencia del régimen soviético después de la Segunda Guerra Mundial? Se han dado crisis, desde luego, especialmente en el "imperio soviético, pero no han sido más graves que las crisis sufridas por los imperios capitalistas, más antiguos, y sería absurdo mantener que la existencia del régimen soviético haya estado en peligro en momento alguno. Por el contrario, tanto en términos económicos como militares, la Unión Soviética ha aumentado continuamente su poderío y la capacidad del régimen para controlar este acrecentado poder y utilizarlo en su propio interés nunca ha sido menos cuestionable.

Un *test* particularmente importante para la teoría de la "burocracia" fue, en mi opinión, la muerte de Stalin y sus consecuencias. De acuerdo con la teoría, Stalin fue el burócrata ideal, y su dominio como dictador absoluto, combinando la cal del terror con la arena de los privilegios materiales especiales, fue crucial para determinar el carácter, y verdaderamente la supervivencia misma, del régimen. Partiendo de esta premisa, era de esperar que la muerte de Stalin no sólo precipitaría una crisis del régimen sino que haría su continuación, en cualquier forma parecida a la que tenía entonces, imposible. Es sobre este trasfondo que deben interpretarse las remarcables series de escritos, a su manera brillantes, dedicados a la Rusia post-stalinista a mediados de la década de 1950 por Isaac Deutscher, sin duda el más eminente historiador trotskysta de ese período (6).

Deutscher parte de una concepción de la URSS en el período 1917-1953 que coincide en todos los aspectos esenciales con la establecida por Trotsky en *La revolución traicionada.* La clase obrera era suficientemente fuerte para tomar el poder en 1917, pero demasiado débil al finalizar la guerra civil como para jugar el papel de una clase dominante. Esto permitió a la burocracia introducirse por la brecha y gobernar bajo la dictadura cada vez más absoluta de Stalin. Pero la lógica de la dominación de la burocracia emanaba del sistema de propiedad establecido por la revolución. El resultado fue un desarrollo muy rápido de las fuerzas productivas (tamaño y nivel de educación de la fuerza del trabajo, ciencia y tecnología, etc.) y una considerable, aunque menor, elevación del nivel de vida general. Sin embargo, a medida que se acrecentaba la complejidad de la economía

(6) Una lista de ningún modo exhaustiva incluiría: *Russia after Stalin* (1953), *Russia in Transition* (1957) e *Ironías de la Historia* (1966; publicado por Península, Barcelona, 1969). Este último es una colección de ensayos que contiene materiales del volumen de 1957, además de otros escritos relevantes del mismo período.

y crecía el nivel cultural de las masas, la dominación de la burocracia, con sus maneras brutales y ausencia de flexibilidad e iniciativa, se convirtió en cada vez más contraproducente. En el momento de la muerte de Stalin en 1953, habiéndose consumado en gran parte la recuperación respecto de los estragos de la Segunda Guerra Mundial, la situación había alcanzado ya proporciones de crisis. Deutscher era de la opinión de que los hombres de confianza de Stalin, aunque temerosos de tomar iniciativas contra él mientras viviera, eran perfectamente conscientes del verdadero estado de cosas y reconocían que su propia supervivencia dependía de la realización de reformas de largo alcance.

Deutscher quedó fascinado por el problema –para el cual citó precedentes históricos, entre los que se incluían la reforma del papado en los inicios del siglo XVI– de cómo stalinistas acérrimos podían reformar el mismo sistema que habían contribuido a crear y en cuyas fechorías estaban fuertemente implicados. Todos sus escritos en este período tratan de este problema, subrayando las complejidades y ambigüedades del proceso en marcha pero concluyendo finalmente que, a través del mismo, el movimiento de reforma estaba siguiendo una lógica histórica propia que únicamente podría acabar por transformar radicalmente y en sentido positivo a la sociedad soviética. Unos pasajes de su ensayo titulado "El Significado de la Destalinización" (1956), en *Ironías de la Historia,* permitirán transmitir el curso de su pensamiento:

> Si la "tendencia liberal" se define como una disminución radical de la coerción gubernamental y como un esfuerzo en pro del gobierno por consenso, entonces esta tendencia ha estado actuando obvia e incluso manifiestamente en la sociedad soviética (*Ironías de la Historia*, Península, Barcelona, 1969, pág. 28).
>
> Firmemente asentada la propiedad pública de los medios de producción, consolidada y en expansión la economía planificada y –lo que no es de la menor importancia– con las tradiciones de una revolución socialista vivas en el espíritu de los ciudadanos, la Unión Soviética rompe con el stalinismo para reanudar su avance hacia la igualdad y hacia la democracia socialista (pág. 31).
>
> En una sociedad cuya consciencia política ha sido atomizada o reducida a un estado amorfo, todo cambio político importante, si es una necesidad social imprescindible para ella, solamente puede provenir del grupo dominante. Esto es precisamente lo que ha ocurrido en Rusia. Independientemente de lo mucho que uno aborrezca a los epígonos de Stalin, hay que admitir que han mostrado ser capaces de una respuesta

mucho más sensible a la necesidad de la reforma que lo que generalmente se esperaba de ellos (pág. 34).

El grado de liberalización actual es probablemente suficiente para permitir un campo para la formación de nuevos procesos de pensamiento político y de formación de opinión entre la *intelligentsia* y la clase obrera. Estos procesos son, por su naturaleza misma, moleculares, y exigen tiempo para madurar. Pero cuando hayan madurado es seguro que transformarán en profundidad todo el clima moral y político del comunismo, y lo transformarán en el espíritu de la democracia socialista (págs. 34-35).

En términos de la teoría de la burocracia de Trotsky, lo que Deutscher está diciendo es que la burocracia había alcanzado el estadio pronosticado, en el cual, habiendo cumplimentado su tarea de suplente de la clase obrera, no sólo podía prescindirse de ella sino que, si querían obtenerse progresos adicionales, debía desaparecer. Pero Deutscher parecía estar añadiendo algo novedoso, a saber, que la dirección de la burocracia entendía lo insostenible de su posición y que, a pesar de luchar desesperadamente por su salvación, estaba de hecho en vías de cometer un suicidio. De nuevo en términos de la teoría, Deutscher parece estar diciendo que la segunda revolución que Trotsky también pronosticó estaba realmente aconteciendo aunque, contrariamente a lo esperado por Trotsky, de forma pacífica y reformista. Pero Deustcher se guardó de extraer explícitamente esta conclusión:

La cuestión de si el cambio y la sustitución de los grupos dominantes y las generaciones se realizará gradual y pacíficamente o a través de convulsiones violentas y un conflicto irreductible, difícilmente puede ser resuelta a priori. El conjunto del proceso carece de precedentes, y en las ecuaciones hay demasiadas incógnitas. Cabe, a lo sumo, analizar las condiciones en las cuales el cambio o la serie de cambios puede seguir su curso de modo relativamente pacífico y reformista, y también aquellas bajo las cuales la fase reformista puede mostrar ser solamente un preludio para una sacudida violenta. La cuestión es demasiado amplia, compleja y especulativa para ser examinada aquí (*Ib.*, pág. 35).

Por lo que yo sé, Deutscher no volvió a este tema en sus escritos posteriores, y el interés en la probabilidad de una reforma pacífica en la Unión Soviética pronto se esfumó. La última palabra sobre este capítulo de la interpretación de la historia soviética puede dejarse a Daniel Singer, un amigo más joven de Deutscher y valioso continuador de los trabajos de éste. En un coloquio de 1977, discutiendo el tema "Debilidades y potencialidades de la disidencia en la URSS", Singer recordó a su auditorio la "ya un tanto antigua controversia sobre la naturaleza de los cambios de la Rusia post-stalinista":

¿Vendrán por abajo o por arriba, desde la cumbre o desde la base, desde dentro o desde fuera del partido...? En sus versiones más sofisticadas, las tesis gradualistas o fabianas contaban no sólo con la buena voluntad de los reformadores, sino que también combinaban con este factor los apremios sociales y la presión de la base como fuerzas que desencadenaban un viaje de regreso por el camino que había conducido de la dictadura del proletariado a la del secretario general. Esta controversia ha quedado ahora atrás. Incluso con anterioridad a la caída de Kruschev, y ciertamente desde la invasión de Checoslovaquia, se ha hecho evidente que el sistema tiene su propia lógica, el aparato su instinto de supervivencia, y que no vacilará en golpear sin piedad si están en juego sus intereses (II Manifiesto Ed., *Pouvoir et opposition dans les sociétés post-révolutionnaires*, Seuil, París, 1978, pág. 39).

Es comprensible que un defensor de la teoría de la burocracia de Trotsky errara, como hizo Deutscher, a mediados de la década de 1950. Lo que ya no es tan comprensible es que un destacado teórico trotskysta como Ernest Mandel repita la teoría, en 1978, no sólo sin ningún cambio sustancial sino sin dedicar atención alguna a los acontecimientos de importancia decisiva que rodearon y siguieron a la desaparición de Stalin de la escena.

Una consideración más sobre lo que la Historia ha ido diciendo ya en torno al carácter de la sociedad soviética. De acuerdo con la teoría trotskysta en su interpretación por Mandel, el proletariado continúa siendo la clase dominante. Ello se sigue, en forma de silogismo, de la naturaleza del sistema de propiedad. Históricamente, las clases dominantes han sido clases detentadoras de propiedad. Pero en la URSS, tomando en cuenta el hecho de la propiedad estatal de los medios de producción, no hay clases detentadoras de propiedad. Los medios de producción son propiedad del conjunto de la sociedad por intermedio del Estado, y los obreros constituyen la abrumadora mayoría de la sociedad. Luego, los obreros son la clase dominante. *Quod erat demonstrandum* (Que es lo que se trataba de probar). Pero Mandel sabe tan bien como cualquiera que esta interpretación legalista está totalmente reñida con las realidades de la vida soviética. En un momento dado llega a decir lo siguiente: "Obviamente, a partir del simple sentido común, es absurdo afirmar que existe la dictadura del proletariado en la Unión Soviética, puesto que la inmensa mayoría del proletariado no sólo no ejerce dictadura alguna sino que ni siquiera ejerce forma alguna de poder" (pág. 43). El problema, no obstante, se sitúa a niveles mucho más profundos. En cierto momento, en tiempos de Trotsky, era posible argumentar que

el proletariado ruso, con la experiencia de la revolución ocurrida en un pasado reciente, entendía que se había ganado el derecho a ser la clase dominante, que había sido privado de los frutos de su victoria y que impondría su supremacía tan pronto como las circunstancias lo hicieran posible. Un fuerte rastro de esta línea de pensamiento se detecta incluso en los escritos de Deutscher. Pero no en los de Mandel. Nos encontramos en su caso con un reconocimiento realista –y, en mi opinión, acertado– de los profundos cambios acaecidos en la situación existencial de los trabajadores soviéticos:

> La clase obrera soviética ha quedado profundamente decepcionada por la forma en que la Revolución de Octubre efectuó un giro, a través de la degeneración stalinista, hacia un modelo de dirección socialista que no satisface las necesidades de los obreros. Estos tampoco se han sentido atraídos por el modelo capitalista. Pero no ven alternativa en el mundo actual, ningún tercer modelo... A falta de versión alguna de tal modelo alternativo se ha producido una retirada a la vida privada, a las demandas inmediatas, a los niveles de vida más altos, incluso a la promoción social individual... Todas estas formas de abandono son prácticamente inevitables. La segunda razón principal (para explicar la inactividad de los obreros rusos) es que se ha producido un innegable progreso en el nivel de vida y las condiciones de trabajo de los obreros soviéticos. Tal progreso, casi constante desde la muerte de Stalin, es decir, durante los pasados veinticinco años, ha generado lo que podría llamarse un clima, dentro de la clase obrera, que es más reformista que revolucionario... Normalmente..., los obreros soviéticos esperan mejorar su situación a través de ejercitar presiones dentro del marco del sistema más que desafiándolo de forma global (pág. 39).

A mi entender, este diagnóstico de la situación del proletariado soviético da el golpe de gracia a la teoría trotskysta de la burocracia en tanto que suplente provisional de una clase obrera dominante. Una clase obrera reformista es aquella que acepta el sistema, aunque sea de mala gana y sin entusiasmo alguno. Y la esencia misma del sistema reside en la subordinación de la clase obrera, productora del producto social y su excedente, a un poder externo que ha crecido hasta alcanzar dimensiones monstruosas, desde que vino al mundo hace más de sesenta años. Continuar negando que este poder representa a, y es controlado por, una nueva clase dominante no resiste una confrontación con la realidad, a la vez que constituye una invitación a una irremediable confusión teórica.

Llegamos así a lo que presumiblemente sería la última línea de defensa de Mandel:

Si se afirmara que las relaciones de producción en la Unión Soviética no son ni socialistas ni capitalistas, sino las de una nueva sociedad dominada por una clase explotadora, tendrían que demostrarse los orígenes de esta misteriosa nueva clase dominante, que es completamente inexistente hasta la hora cero, cuando toma el poder. Tendría que ponerse al descubierto la dinámica, las leyes de desarrollo de esta sociedad: esto es algo que ninguno de los defensores de esta teoría ha sido nunca capaz de llevar a cabo. Tendría asimismo que demostrarse que estas relaciones de producción, supuestamente características de un nuevo modo de producción, poseen la estabilidad y capacidad para autorreproducirse que es común a los modos de producción, lo cual es contrario a todo lo que sabemos sobre la sociedad soviética... (pág. 30).

El problema en este punto, sin embargo, solamente es real para quien se halla prisionero de una versión de la teoría marxista del Estado caracterizada por la rigidez. Una sociedad pre-revolucionaria se caracteriza por una cierta estructura de clases que incluye una clase dominante y una clase revolucionaria. Esta última derroca a la primera y sigue adelante hasta convertirse en la nueva clase dominante. La vieja clase dominante, o bien realiza con éxito una contrarrevolución, o bien desaparece. La única variación permitida por esta escenificación es que si, por alguna razón, la clase revolucionaria no está en condiciones o capacitada para realizar su nuevo papel, una burocracia puede hacerse con el poder en su lugar hasta que la clase revolucionaria *esté* preparada para ello, punto a partir del cual el drama sigue adelante de acuerdo con el guión original. No son posibles otros acontecimientos, no se permite la eclosión de nuevas clases.

La respuesta a todo ello la dió, aunque fuera inadvertidamente, el propio Trotsky hace mucho tiempo (en el pasaje citado anteriormente): "(Si) el régimen de Stalin", afirmó Trotsky, "es la primera fase de una nueva sociedad explotadora... en ese caso, evidentemente, la burocracia se convertirá en una nueva clase explotadora". En otras palabras, *la nueva clase explotadora se desarrolla a partir de las condiciones creadas por la propia revolución.* Este problema desde luego no era del interés de Trotsky, puesto que estaba firmemente convencido de que nunca se presentaría en la práctica. Pero no quedaba en absoluto excluído de su visión teórica, y se hace difícil de entender por qué Mandel ha de encontrarlo tan desconcertante.

Por lo que se refiere a las leyes de desarrollo de esta sociedad no hay duda de que Mandel tiene razón

en que no han sido elaboradas de forma satisfactoria. No obstante, ciertas y recientes interpretaciones de la historia soviética –de forma más prominente la de Charles Bettelheim, *Las luchas de clases en la URSS,* de la que han aparecido hasta el momento dos volúmenes– han empezado a establecer los fundamentos para un estudio serio, aunque excesivamente tardío, del funcionamiento de la sociedad soviética. Y ciertamente, Bettelheim y otros autores nos han proporcionado ya una riqueza de materiales que hacen posible rastrear y analizar el nacimiento, crecimiento y madurez de la nueva clase dominante engendrada por aquélla (7). Finalmente, con relación a "la estabilidad y capacidad para autorreproducirse que es común a los modos de producción", ¿qué mayor evidencia necesita Mandel que la supervivencia y ascenso de esa sociedad a la categoría de superpotencia en el período –no precisamente tranquilo– que se extiende de 1917 a 1978?.

(7) Naturalmente, persisten importantes diferencias sobre este y otros aspectos de la historia soviética. Veánse mis ensayos en los siguientes números de *Revista Mensual/ Monthly Review:* Vol. 1, No. 3/4 (julio-agosto 1977) y Vol. 2, No. 1/2 (julio-agosto 1978).

La sociedad postrevolucionaria*

PAUL M. SWEEZY

Buena parte de este libro ha estado dedicada a examinar lo que no es la sociedad postrevolucionaria, ejemplificada sobre todo por la Unión Soviética, sin ocuparse tanto de lo que ésta es. He argumentado que no se trata de un capitalismo ni de un socialismo, tal como han definido tradicionalmente estas organizaciones sociales los marxistas, y que tampoco es, como afirman los trotskistas, una sociedad de transición entre uno y otro, transitoriamente estancada en su evolución por efecto de una deformación burocrática. En mi opinión, se trata de una sociedad que presenta suficientes diferencias fundamentales tanto con el socialismo como con el capitalismo para merecer ser considerada y estudiada como una nueva formación social con entidad propia. En este capítulo me aventuro a hacer lo que hasta ahora no había intentado publicar en letra impresa, concretamente a esbozar en líneas muy generales las características a mi entender fundamentales de esta nueva formación social y a identificar lo que la diferencia de otras formaciones sociales. Debo insistir, sin embargo, en subrayar, en primer lugar, que las siguientes afirmaciones tienen un carácter provisional tanto en su globalidad como en sus detalles; y, en segundo lugar, que si bien considero la Unión Soviética como un prototipo válido de las demás sociedades revolucionarias actualmente existentes, no pretendo excluir la posibilidad de que algunas de ellas, y otras que puedan surgir más adelante, estén siguiendo un camino distinto o puedan llegar a seguirlo en el futuro.

II

El punto de partida es el capitalismo, que originó todas las ciencias sociales que conocemos en la actualidad. La base económica del capitalismo presenta tres características determinantes: 1) propiedad de los medios de producción en manos de capitalistas privados; 2) separación del capital social total en muchas unidades que compiten entre sí o que potencialmente podrían hacerlo; y 3) producción de la mayor parte de las mercancías (bienes y también servicios) por

(*) Este texto corresponde al capítulo final del libro de Paul M. Sweezy, "Post-Revolutionary Society", todavía no publicado en castellano. Revista Mensual, Junio-Julio de 1981.

trabajadores que, al no ser propietarios de sus propios medios de producción, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas para adquirir los medios necesarios para su subsistencia. En las sociedades de tipo soviético se han eliminado dos de estas tres características determinantes. La mayor parte de los medios de producción son propiedad del Estado o están estrechamente controlados por el Estado, como ocurre en el caso de las explotaciones agrarias colectivas, que formalmente son cooperativas. Y las unidades en que se dividen estos medios de producción en vistas a su gestión y administración no son autónomas y no se relacionan entre sí, en términos competitivos. Por el contrario, forman parte de una estructura jerárquica de toma de decisiones y de control que culmina en los órganos políticos superiores del Estado. La fuerza rectora de este sistema es, por tanto, un plan global que puede estar mejor o peor articulado, pero que se compone de un conjunto de directrices con valor de ley y no sólo, como ocurre bajo el capitalismo, de unas indicaciones destinadas a facilitar una conducta más racional de las unidades autónomas de capital en la persecución de su propio interés particular.

La tercera característica determinante del capitalismo –la realización de la producción a través de trabajadores asalariados desposeídos de sus medios de producción– subsiste en el sistema de tipo soviético aunque con una diferencia significativa. La Revolución rusa que hizo nacer este sistema, así como otras revoluciones anticapitalistas posteriores, se hizo en nombre de los obreros y campesinos y estas mismas clases oprimidas y explotadas libraron sus batallas. El estatus económico y político de estas clases mejoró significativamente durante los primeros años de vigencia del nuevo sistema. Entre los avances más importantes estaba el pleno empleo y el derecho a un puesto de trabajo, garantizado por la Constitución. En otras palabras, los obreros soviéticos, a diferencia de lo que les ocurre a los obreros bajo el capitalismo, no pueden ser despedidos por la dirección de las empresas excepto en casos extremos; tienen lo que se denominan puestos de trabajo vitalicios, reservados para segmentos relativamente reducidos y generalmente privilegiados de la fuerza de trabajo asalariada.[1] Esta seguridad en el empleo, conquistada a través de las luchas y sacrificios revolucionarios, es tan preciada para los trabajadores que ningún régimen postrevolucionario se atrevería a abolirla por muchas ventajas que ello pudiera reportar desde el punto de vista de la flexibilidad económica general. Podríamos decir incluso que la pretendida legitimidad de los regímenes postrevolucionarios depende en gran medida del sistema de empleo garantizado.

El funcionamiento del capitalismo se rige por "leyes" económicas generadas por la mutua interacción de los capitales en competencia, por una parte, y de los capitalistas y trabajadores, por otra. No existen directrices globales, ni tam-

(1) En Japón existe un sistema parecido, concedido a muchas más personas que en los Estados Unidos, pero que aún así sólo suponen una minoría de la población empleada. La mayoría de los restantes países capitalistas avanzados probablemente no alcanzan los niveles de los Estados Unidos y el Japón en este aspecto. Esta garantía parcial del puesto de trabajo, cuyo cumplimiento no siempre puede imponerse por la vía legal, prácticamente no afecta a la capacidad de las distintas unidades de capital, y todavía menos del conjunto de la clase capitalista, para variar el número de puestos de trabajo que ofrecen, en consonancia con las exigencias de la coyuntura económica. Y precisamente en este aspecto existe una diferencia fundamental con la situación de las economías de tipo soviético.

poco son necesarias; el sistema se regula a sí mismo a condición de que los capitalistas actúen buscando la maximización de sus beneficios y utilicen los beneficios obtenidos para ampliar su capital. El Estado naturalmente interviene en el proceso como garante del sistema de propiedad subyacente y vigilando el cumplimiento de las normas de la competencia, y también tiene una intervención característica reforzando a determinados intereses frente a los otros e intentando resolver o suavizar las condiciones que engendra periódica y/o irregularmente el sistema. Pero en la esfera económica el Estado está supeditado a las leyes del valor y de la acumulación capitalista y a los intereses particulares que éstas crean. Utilizando una analogía matemática, la economía es la variable independiente y el Estado la variable dependiente.

En el sistema de tipo soviético ocurre todo lo contrario. Es cierto que las leyes del valor y de la acumulación de capital continúan operando en la medida en que se permite la supervivencia de empresas privadas y de mercados libres, pero éstas se limitan casi exclusivamente a la producción y venta de productos agrícolas procedentes de las parcelas privadas de los campesinos, que si bien son importantes para la obtención de ciertos alimentos, representan un aspecto secundario dentro del conjunto de la economía. Sin ninguna duda también es cierto que las unidades individuales de producción del sector estatal, así como los ministerios ante los cuales son responsables, pueden actuar, y a menudo intentan actuar, como maximizadoras de beneficios y acumuladoras de capital, pero el grado en que de hecho pueden desempeñar estos papeles está rigurosamente limitado por el sistema de planificación y se halla sometido al control de instancias políticas superiores, que contratan y despiden a los ministros y que, en última instancia, establecen las normas que regulan su conducta. Lo que interesa destacar aquí *no* es la eliminación de todas las manifestaciones de modelos capitalistas de conducta en las sociedades de tipo soviético, lo cual dista mucho de ser cierto, sino el hecho de que éstos han dejado de *dominar* el funcionamiento de la economía y por tanto, indirectamente, ya tampoco configuran los objetivos y tareas del poder político. En la sociedad capitalista, el Estado está al servicio de la economía, en las sociedades de tipo soviético la domina.

Volveré luego sobre este tema. De momento sólo quiero añadir que esta inversión de la relación entre lo económico y lo político característica del capitalismo no significa ni implica en modo alguno que en las sociedades de tipo soviético el Estado puede hacer lo que le place, que está libre de los imperativos económicos, que su actuación no viene determinada en última instancia por consideraciones económicas. No pretendo afirmar nada de todo esto y tampoco pongo en tela de juicio las generalizaciones del materialismo histórico. Sólo deseo argumentar que en las sociedades de tipo

soviético, ya no existe el conjunto históricamente singular de relaciones económicas que determina la forma específica del nexo entre lo económico y lo político bajo el capitalismo y que ese conjunto de relaciones ha sido sustituido por otro distinto, el cual, al carecer de una base económica autónoma, presenta afinidades formales con el existente en las sociedades feudales y otras sociedades precapitalistas.

III

En las sociedades de tipo soviético, la mayoría de los consumidores, exceptuando los miembros de las explotaciones agrícolas colectivas, perciben sus ingresos en forma de sueldos y salarios. No se pagan beneficios y rentas como ingresos personales y los intereses sobre las cuentas de ahorros son relativamente poco significativos. Los ingresos se gastan en tiendas del Estado o de propiedad cooperativa cuyos precios han sido fijados por las autoridades pertinentes o se han calculado siguiendo fórmulas prescritas. Sin embargo, la distribución de la renta real no coincide con la distribución de la renta monetaria. Y ello por dos motivos. En primer lugar, existen tiendas especiales a las que sólo tienen acceso ciertos sectores privilegiados de la población y en las cuales el dinero gastado permite obtener cantidades y cualidades distintas de bienes de las que pueden obtenerse en las tiendas abiertas al público en general. Y, en segundo lugar, servicios tales como la vivienda, la educación y la atención sanitaria, que son gratuitos o por los que se paga sólo un precio simbólico, también se distribuyen según críterios diferenciales entre los grupos privilegiados y entre el público en general. Es innecesario añadir que los grupos privilegiados en lo tocante a los servicios en general coinciden con los que tienen acceso a las tiendas especiales. Obviamente, la distribución de la renta real es bastante más desigual que la distribución de la renta monetaria en las sociedades de tipo soviético. Este es un hecho que debe tenerse en cuenta a la hora de valorar sus sistemas de estratificación.

Otra característica importante de las sociedades de tipo soviético es la existencia de lo que se conoce como una "segunda" economía o economía "clandestina" consistente en la producción y compra y venta de bienes y servicios por parte de individuos privados, fuera de los canales previstos y prescritos por el sistema jurídico. Existe considerable bibliografía, sobre todo de tipo anecdótico, relacionada con este fenómeno; pero lógicamente, dado su carácter ilegal, no existen estadísticas oficiales o fidedignas que permitan valorar su alcance o su importancia relativa dentro del conjunto del sistema. Las actividades comprendidas son numerosas y muy diversas, muchas de ellas y tal vez incluso la mayoría realizadas ilegalmente por obreros y profesionales con empleos regulares en el sector estatal: trabajos de construcción y reparaciones por cuenta de personas y familias individuales, visitas a pacientes

particulares por parte de los médicos, compra y venta clandestina de bienes producidos o robados, etc. Estas actividades suelen estar toleradas en la medida en que complementan a la economía oficial, que presenta notables deficiencias en la provisión de servicios de reparación sumamente necesarios. Pero las actividades que entran en contradicción y en conflicto con la economía oficial, como ocurre con la venta de bienes robados de las empresas estatales, actividad muy extendida según se dice, están prohibidas y sujetas a penas criminales muy severas. En cualquier caso, caben muy pocas dudas de que la segunda economía representa un fuerte estímulo para el espíritu de la empresa privada y constituye un fértil terreno de cultivo para la corrupción en todos los niveles de la sociedad.

IV

Hasta el momento todas las sociedades postrevolucionarias han empezado adoptando, o adquiriendo muy pronto, la forma de Estados monopartidistas en los que el partido gobernante monopoliza el poder político. Las razones de que haya sido así, y si esto ha sido inevitable o no, son problemas que no podemos intentar resolver aquí. Lo cierto es que así ha sido y a menos que, o hasta que, la experiencia sugiera unas conclusiones distintas, debemos suponer que el sistema monopartidista es una característica inherente a la sociedad postrevolucionaria que estamos intentando analizar.

Es sabido que la teoría marxista tradicional siempre ha tratado los partidos políticos como representación de las clases sociales o de segmentos de las mismas. ¿Pueden examinarse bajo esta misma perspectiva las sociedades postrevolucionarias? En mi opinión, la respuesta es sí, pero en un sentido bastante más complejo de lo que podría indicar la noción de una relación unívoca simple entre clase y partido. El caso de la Unión Soviética, del que ya se han mencionado algunos aspectos, puede servirnos como ejemplo del tipo de enmarañados problemas que se plantean y de lo que parece ser el resultado final hacia el cual tienden las demás sociedades postrevolucionarias.

No cabe duda de que el Partido bolchevique, que se convirtió en el único partido gobernante de la Unión Soviética, nació como un partido del proletariado urbano y como tal encabezó la toma del poder durante la Revolución rusa. Pero la gran mortandad y dispersión de esta clase durante los años de la guerra civil disolvieron en buena parte la relación clase/partido y durante algunos años (las décadas de 1920 y 1930, aproximadamente) el partido gobernó gracias al control que ejercía sobre las fuerzas armadas y el aparato de seguridad, pero sin una base de clase clara o consistente.

En mi opinión, la clave para entender la sociedad soviética es reconocer que durante estos años de agitación y conflicto

surgió una nueva clase que gradualmente fue haciéndose con el control del Partido comunista, liquidó a los antiguos dirigentes bolcheviques y se erigió en clase dominante en todo el sentido de la palabra. Charles Bettelheim describe y analiza detalladamente el proceso en los dos libros que ya he examinado en los Capítulos 4, 5 y 7 de este libro.[2] A continuación reproduciré una cita de Moshe Lewin, uno de los más destacados historiadores de la sociedad soviética en Occidente, en la que se resume brillantemente la esencia de este proceso de tan crucial importancia. Hablando de la increíble dificultad que suponía gobernar una economía y una sociedad tan inmensa, atrasada y dividida como era la Unión Soviética, Lewin escribe:

El problema no era únicamente conseguir especialistas y directivos. Paralelamente se planteaba el problema de promover una poderosa clase dirigente, *nachal'stvo*, integrada por los altos directivos de las empresas y los altos cargos de los organismos estatales. El *nachal'stvo*..., el estrato que gobernaba el Estado fue el grupo clave que el sistema continuó promocionando. Las recompensas que suponía la admisión en su seno eran muy considerables, sobre todo en un país que sufría grandes penurias, y ejercían un gran poder sobre sus subordinados. Algunos de sus privilegios se reconocían públicamente *personal'naia mashina, personal'naia pensiia* (coche personal y pensiones especiales) y todo el mundo conocía la existencia de comedores separados. Pero la mayoría eran secretos; por ejemplo, la existencia de circuitos cerrados de tiendas que ofrecían *spets-paiki* (raciones especiales) de ciertos artículos; órdenes de pago especiales; una escala graduada de cuentas de gastos y prebendas; viviendas privilegiadas; centros de vacaciones bien protegidos y, por último, el "sobre cerrado" conteniendo una cantidad de dinero superior al sueldo formal. Todos estos privilegios fueron evolucionando gradualmente hasta convertirse en una jerarquía formalizada de recompensas materiales en relación de correspondencia con un escalafón de importancia y poder formalmente estratificado y muy rígido.

La clase *nachal'stvo* tuvo su origen en el principio del *edinonachachalie* (dirección unipersonal), sobre todo en las formas que éste fue adoptando en el lugar de trabajo a partir de 1929. La creación de un escalafón jerárquico de fieles dirigentes, unidos por los lazos de la disciplina, el privilegio y el poder, fue una estrategia de ingeniería social deliberada encaminada a estabilizar el continuo cambio del personal directivo. Nació, por tanto, bajo unas condiciones difíciles de desorganización de las masas y en medio del esfuerzo por implantar el orden y la obediencia en una situación de fuertes enfrentamientos y luchas sociales. De hecho, se invitaba a los miembros del *nachal'stvo* a considerarse como comandantes en el campo de batalla. El partido quería que sus dirigentes fueran eficientes, poderosos y duros y les concedió prerrogativas y el adecuado estímulo para inducirles a adoptar esa actitud. Los modelos ofrecidos al creciente batallón de *nachal'niki* eran los dirigentes máximos del partido salidos de la escuela estalinista, gentes dispuestas a obtener resultados a cualquier precio..., impetuosos y capaces de presionar despiadadamente... La promoción del director de empresa despótico, que se fue convirtiendo gradualmente en el modelo de dirigente del régimen, fue un proceso que no crearía dirigentes sino dominadores. El hecho de que muchos de ellos se sintieran bastante inseguros en el desempeño de sus funciones probablemente contribuyó a acentuar todavía más el carácter caprichoso y ofensivo de su actuación. Las ocasionales purgas de "enemigos" en el seno del *nachal'stvo* probablemente estaban encaminadas a asustarlos y desestabilizarlos, impidiendo la solidificación de un estrato de poderosos funcionarios capaz de obligar a la dirección a reconocer su poder, ampliando así su influencia sobre el aparato del Estado en general. Pero las purgas desestabilizadoras no impidieron que el *nachal'stvo* desarrollara una organización, un estilo de actuación y una "mentalidad" diferenciadas. Los cambios en la política central y las redadas policiales afectaban a su personal de oficina, pero los rasgos impersonales de un modelo burocrático de actuación continuaban reproduciéndose. Era imposible purgarlos ni sentenciarlos por "sabotaje" [3]

El cuadro quedará completo si añadimos que, tras la desaparición física de Stalin, se interrumpió la práctica de purgar

(2) Carles Bettelheim, Luchas de Clases en la URSS: Primer período, 1917-1923 y Luchas de Clases en la URSS: Segundo período, 1923-1930 (Madrid: Siglo XXI, 1976).

(3) Moshe Lewin, "Society and the Stalinist State", Social History (Hull, England, May 1976), págs. 172-173.

a los cuadros directivos. Con ello este grupo quedó libre del tipo de sumisión al partido que había logrado imponer Stalin. Con este cambio, el partido de hecho dejó de controlar a sus máximos funcionarios para convertirse en el instrumento clave a través del cual éstos ejercen su dominio sobre el país

Subsiste el problema de saber si estos dirigentes –quienes como se desprende claramente del análisis de Lewin, distan mucho de ser meros burócratas– constituyen una auténtica clase social. Es concebible que tal vez formen más bien una "élite en el poder" en el sentido que da a esta expresión, C. Wright Mills, esto es, un conjunto de individuos situados por azar en los "puestos de mando" de la sociedad en cualquier momento dado. En teoría, estos individuos podrían reclutarse entre todos los niveles y estratos de la sociedad, en función de su capacidad para ejercer las funciones en cuestión. Si tal fuera el caso, la élite en el poder tendría una composición de clase heterogénea, que posiblemente reflejaría la composición de clase del conjunto de la población. Es evidente empero que esta descripción no encaja en absoluto con la élite de poder soviética. Es cierto que *originariamente* ésta fue reclutada por la antigua dirección bolchevique del partido entre los diversos estratos de la sociedad prerevolucionaria. Pero este proceso ha cambiado con el transcurso del tiempo y con la desaparición de la antigua dirección. Los individuos sumamente privilegiados y poderosos situados en la cúspide empezaron a considerarse progresivamente como un grupo autónomo, cohesionado (en palabras de Moshe Lewin) por la "disciplina, los privilegios y el poder" y que desarrolló "una organización, un estilo de actuación y una 'mentalidad' diferenciada". Ellos seleccionaban y formaban a sus sucesores y naturalmente preferían a los jóvenes con un estilo de vida, ideas y valores semejantes a los suyos, lo cual significa jóvenes pertenecientes a su mismo estrato social, nacidos en un ambiente privilegiado y con facilidades para acceder a las instituciones de educación superior en las cuales, como ocurre en todas las sociedades avanzadas, fue recayendo progresivamente la tarea y la responsabilidad de preparar a la nueva generación para el gobierno de la sociedad.

En resumen, todo esto significa que un grupo de individuos dispares, reclutados para ocupar los puestos de mando de la sociedad soviética, fueron transformándose gradualmente, a través de una larga serie de intensas experiencias históricas, en una clase dominante con conciencia de tal y que esencialmente se reproduce a sí misma. Mao Zedong comprendió mejor que nadie este proceso de formación de una clase postrevolucionaria, proceso que él combatió con todo su empeño aunque finalmente sin éxito. En 1968 Mao declaró al escritor francés André Malraux: "Si se abandona la humanidad a sus propios recursos, ésta no restablece necesariamente el capitalismo... pero sí vuelve a implantar la desigualdad".[4] Podemos tener la seguridad de que con estas palabras resumía la expe-

(4) Citado en James Peck, "Revolution Versus Modernization and Revisionism: A Two-Front Struggle", en Victor Nee y James Peck, eds., China's Uninterrupted Revolution: From 1840 to the Present (New York: Pantheon Books, 1975), pág. 108.

riencia de las dos grandes revoluciones del siglo XX, la Revolución rusa y la Revolución china, por un igual.

Bajo el capitalismo, como escribió Marx, "el capital y la expansión del mismo son el punto de partida y de llegada, la producción es sólo producción para obtener capital".[5] Este es con mucho el elemento más importante de la sociedad capitalista. Si no se entiende o si se pierde de vista este hecho, es imposible comprender el funcionamiento del capitalismo, sus contradicciones y limitaciones históricas. Por la misma razón, la diferencia más importante entre el capitalismo y la sociedad postrevolucionaria es la supresión de este predominio absoluto del capital y su sustitución por la dominación directa de una nueva clase dominante que no deriva su poder y sus privilegios de la propiedad y/o el control del capital, sino del control inmediato del Estado y sus multiformes aparatos de coacción. Esto significa que la utilización del producto excedente de la sociedad –que bajo el capitalismo y en algunas formas de sociedad precapitalista, es producido por una clase obrera desposeída– ya no se rige por las leyes del valor y la acumulación de capital, sino que se convierte en foco central de un proceso político y obviamente también de luchas políticas, incluidas (pero no exclusivamente) las luchas de clases. En este sentido, las sociedades postrevolucionarias se diferencian del capitalismo, asemejándose en cambio a las sociedades precapitalistas que tampoco poseen una base económica autónoma.

Gracias a la politización del proceso de utilización del excedente, las sociedades de tipo soviético han podido abordar eficazmente (en comparación con lo que sucede bajo el capitalismo) algunos de los problemas más fundamentales que pesan sobre las condiciones de vida de las masas. Entre los más importantes se cuentan el empleo, la educación, la asistencia sanitaria y social y la reforma agraria. Siempre que se establecen comparaciones adecuadas, es decir entre países con aproximadamente el mismo nivel de renta per cápita (por ejemplo, la China frente a la India, o Cuba frente a México), se comprueba que los países postrevolucionarios llevan una enorme ventaja en todos o casi todos estos terrenos. Ya citábamos antes el motivo de que así sea. El grupo dirigente en el momento del derrocamiento de la vieja sociedad representa realmente a las masas explotadas y empobrecidas y accede al poder con un programa de reformas socioeconómicas radicales, que característicamente se ponen en práctica de inmediato con toda la amplitud que permiten los recursos existentes. Con el tiempo, estas reformas se institucionalizan; surgen poderosas burocracias ligadas a ellas y la población no sólo espera su continuación sino también su ampliación y mejora. A la larga, incluso el gobierno de una nueva clase dirigente, que tiene muy poco en común con su antecesor revolucionario, se ve obligado a aceptar tales reformas como parte integrante de la sociedad que preside. Cualquier tentativa de reducirlas o ponerlas en peligro pondría en entredicho no

sólo la legitimidad del grupo gobernante, sino la del propio sistema.

En este sentido –y creo que sólo en este sentido–, las sociedades postrevolucionarias de nuestro tiempo representan un importante avance histórico con respecto al capitalismo. Pero para la mayor parte de la población de la periferia explotada del sistema capitalista global, donde todavía vive más de la mitad de la población mundial, este avance representa un enorme paso adelante, el paso de la muerte a una temprana edad a una expectativa de vida próxima a los límites accesibles al organismo humano, de la semiinanición a recibir suficiente alimento, de las enfermedades crónicas a gozar de una salud razonablemente buena, del analfabetismo a la capacidad de leer y escribir, de una angustiosa inseguridad a la tranquilidad que dan un trabajo estable y una pensión de jubilación en la vejez, en resumen, de una condición subhumana a cuando menos los inicios de una existencia humana. No es de extrañar que el ejemplo de las sociedades postrevolucionarias tenga un gran atractivo para las masas del Tercer Mundo. Y a menos que intervenga un milagro o un desastre, parece razonablemente seguro que en un futuro no muy distante habrá más revoluciones y nuevas sociedades postrevolucionarias.

V

Aunque la politización del proceso de utilización del excedente ha permitido a las sociedades postrevolucionarias hacer frente a problemas básicos como el paro, endémicos incluso en los páises capitalistas más avanzados y que han alcanzado proporciones intolerables en la periferia subdesarrollada del sistema capitalista mundial, no puede decirse que se hayan eliminado las contradicciones fundamentales de una sociedad de clase. En realidad subsiste, y en algunos aspectos incluso se ha intensificado, la más fundamental de estas contradicciones: la separación de los productores reales de la riqueza de todo control significativo sobre lo que se produce, cómo se produce y qué uso se le da. Pueden haber cambiado las formas de expresión de estas contradicciones, pero su esencia subsiste y continúa generando problemas y conflictos, que a largo plazo pueden resultar tan difíciles de abordar y tan intolerables como cualquiera de los que aquejan a la sociedad capitalista.

El tema evidentemente es muy amplio y resulta imposible plantearlo y mucho menos analizarlo satisfactoriamente en el presente contexto. Sólo quisiera poner de relieve un aspecto que está adquiriendo una importancia creciente en la Unión Soviética y que en mi opinión encierra la clave de algunos de los más graves problemas que aquejan a esa sociedad.

He subrayado el hecho de que uno de los logros más importantes de la Revolución rusa fue garantizar un puesto de

trabajo a todos los trabajadores, que esta característica se ha mantenido, en realidad era preciso mantenerla, bajo el mandato de la nueva clase dominante surgida de las luchas de las décadas de 1920 y 1930, y que constituye uno de los principales atractivos de las sociedades de tipo soviético para las poblaciones del Tercer Mundo. Falta añadir que el empleo garantizado niega el principio fundamental del sistema capitalista de incentivos. Si los trabajadores tienen asegurado el puesto de trabajo, y por tanto unos ingresos, pero los trabajos que deben realizar son monótonos, extenuantes y degradantes –como ocurre con la mayor parte del trabajo bajo el capitalismo–,[6] evidentemente los trabajadores no tendrán ningún interés en su trabajo y trabajarán lo menos posible. El remedio de probada eficacia del capitalismo contra este hecho es la amenaza del desempleo, que pende sobre los trabajadores como una espada de Damocles y les obliga a realizar cada vez mayores esfuerzos para evitar el despido y la pérdida de su medio de subsistencia.

La Unión Soviética se enfrenta al problema de haber eliminado la espada de Damocles sin poner nada en su lugar. Durante los primeros años de la industrialización se emplearon medidas sumamente coactivas, incluida la pérdida de la vivienda y las raciones de alimentos, e incluso la deportación a campos de trabajo. Pero si bien esto resolvió en cierto modo el problema de transformar una masa de incultos campesinos en un proletariado industrial, no resolvió la cuestión de fondo y nunca se planteó como un recurso permanente. Los socialistas han argumentado desde hace largo tiempo que lo que se necesita es una actitud radicalmente distinta hacia el trabajo y el trabajador, una actitud que estimule la participación de los trabajadores en la toma de decisiones a todos los niveles de la economía y de la sociedad y les aliente a tomar en sus propias manos la tarea de humanizar el proceso de trabajo como responsabilidad colectiva de los hombres y mujeres libres. Evidentemente, tal vez nunca existió la posibilidad de seguir esta vía bajo las condiciones existentes en la Unión Soviética. Podría argumentarse que ello habría requerido la iniciativa y dirección de un partido profundamente arraigado en la clase obrera y dedicado a lograr su emancipación y que lo que habría podido llegar a ser un partido de ese tipo se consumió en el fuego de la guerra civil. Pero tanto si esta suposición es válida como si no –y nunca podremos estar seguros de su exactitud–, no cabe la menor duda de que nunca existió la más mínima posibilidad de que la nueva clase dominante que surgió luego optara por seguir un camino que, caso de triunfar, conduciría a una democratización en gran escala y a la pérdida de su monopolio sobre el poder y los privilegios.

Esta clase dominante, coherentemente con lo que sabemos sobre sus orígenes y su naturaleza, optó por una vía muy distinta, la de la despolitización de la clase obrera, privándola

(6) El estudio más completo y autorizado sobre este tema es el de Harry Braverman, Trabajo y capital monopolista**(México: Nuestro Tiempo, 1975).**

de todos los medios de autoorganización y autoexpresión, para convertirla en un mero instrumento en manos de un Estado cada vez más poderoso. Hasta el momento esto parece haber dado resultado (aunque no podemos negar que tal vez sea una mera apariencia basada en el desconocimiento de la situación), pero se ha pagado un precio muy alto por este "éxito". Una clase obrera despolitizada sin el espolonazo de un sistema capitalista de incentivos (un conjunto de temores, no sólo a ser despedido sino también a ser transferido a una categoría inferior de empleo, con la consiguiente pérdida de ingresos y estatus, y muchas otras cosas) parece ser una clase obrera poco interesada en deslomarse para alcanzar unos objetivos –ponerse al mismo nivel que los capitalistas, maximizar el poder militar o lo que sea– establecidos por una clase dominante con la que los trabajadores tienen muy poco en común, fuera de una larga relación de ultrajes y opresión.

El resultado es que la economía soviética lleva un tiempo obteniendo unos resultados, incluso en términos puramente cuantitativos, por debajo de las aspiraciones de sus dirigentes y del potencial de sus recursos productivos humanos. Se está intentando cambiar de signo esta situación mediante importaciones masivas de capital y de sofisticada tecnología de los países capitalistas avanzados, pero los auténticos problemas son humanos y sociales, no tecnológicos; y una creciente dependencia del capitalismo, si se permite que llegue demasiado lejos, podría convertirse fácilmente en un elemento debilitador más que fortalecedor. Tal vez sería exagerado afirmar que la sociedad postrevolucionaria, tal como aparece ejemplificada en su más antiguo y avanzado especimen, ha llegado a un callejón sin salida. Pero al menos podemos afirmar que ha entrado en un período de estancamiento, distinto de la estanflación que aqueja al mundo capitalista avanzado, pero en el que tampoco se vislumbran posibilidades de salida.

Ejercicio

Como método para profundizar en las cuestiones abordadas en los textos de Mandel y Sweezy, os proponemos que dividais en dos la célula o el comité al que perteneceis y que cada una de las partes trate de resumir las posiciones y argumentos de cada uno de los autores, organizando una discusión entre ambas concepciones.

Una vez hecho esto, sería útil condensar los puntos débiles que encontreis tanto en la argumentación de Mandel como en la de Sweezy.

Finalmente, os sugerimos que señaleis en un papel:

. Los puntos que, a vuestro juicio, quedan más oscuros;
. En qué direcciones principales debería avanzar nuestra reflexión teórica sobre la sociedad soviética.

Si nos enviais unas notas en este sentido, podremos desarrollar mejor el trabajo posterior sobre este tema.

SUMARIO

•Presentación 3

•¿Colectivismo de Estado o capitalismo de Estado? (O.C.T.) 5

•Clase dominante y sistema de dominación en la URSS (M.C.) 9

Sobre los criterios para analizar las sociedades postrevolucionarias que proclaman un carácter proletario 9

La clase dominante 13
Burocracia e intelectualidad 14
La enseñanza como vía de acceso al poder 15
Una clase fundamentalmente masculina 18
Desigual representación de los grupos nacionales en las esferas dirigentes 21
Factores de cohesión 23

Principales elementos del sistema de dominación soviético 26
La dirección partidista un sobre-poder que escapa a cualquier forma de control popular 27
Estado, sociedad civil, represión y control social 29
Ambigüedad jurídica y arbitrariedad 30
La red de organizaciones sociales 31
Aspectos de la ideología oficial 31

•Sobre la naturaleza social de la URSS (Ernest Mandel) 35
Las relaciones de producción en la URSS 37
La burocracia ¿clase dominante? 38
La clase obrera soviética 39

•¿Hay una clase dominante en la URSS? (Paul M. Sweezy) 47

•La sociedad postrevolucionaria (Paul M. Sweezy) 65

•Ejercicio 77